



## XXIII

**E**l *cocktail* está en pleno apogeo. Joe, instalado entre cojines, preside la fiesta con animación un tanto febril. En torno suyo, enardecidos por los brebajes que tras un flamante bar americano prepara el *barman* de "White's", gira, salta y trepada lo más selecto de la juventud norteamericana que posee la colonia de París. Para organizar esta clase de fiestas, Bert Silvain no tiene rival. La orquesta negra es la del "Veau d'Or". Las flores han sido traídas de Niza en avión. Y la cena será servida por Cas-telmayer. Todo selecto, refinado: caviar y orquídeas, y mucho, mucho alcohol.

En el ambiente cargado mezclan sus efluvios los perfumes caros con los del tabaco egipcio y los aromas que despiden las rosas y los jazmines de la Costa Azul.

Gladys es, indiscutiblemente, la reina de la fiesta. Ríe, charla y baila con bríos de adolescente.

Cris, en cambio, sentada en un diván entre Bert Silvain y Jorge Atalanta, contempla un poco admirada toda esta animación, que le parece demasiado ruidosa para ser natural. Esas lindas muñecas, maravillosamente vestidas, esos muchachos atléticos, parecen poseídos por un demo-

nio que les obliga a hacer las cosas más extrañas. Aquí extrae un joven unos sonidos musicales de su nariz, y su auditorio, entusiasmado, asegura que “suen a violín”. Allí se ha adueñado una chiquilla esbelta de un chal con flecos e imita con gracia de allende el charco los bailes de la Argentina.<sup>58</sup> Otra, no queriendo ser menos, sale “al ruedo” a hacer de Josefina Baker.<sup>59</sup> El jazz, entusiasmado, lanza sus notas más estridentes. Sobre las losas del *hall* repican los taconazos y el ambiente se hace cada vez más irrespirable.

Cris se acuerda de Joe. Rápida, se levanta. El muchacho, recostado entre dos bellas *girls*,<sup>60</sup> sigue con todo el cuerpo el movimiento de las danzas. Sus pómulos arden y unas gotas de sudor perlan en su frente.

—Joe, hace aquí un calor asfixiante. Yo creo que todo esto va a hacerte daño. ¿Quieres que nos subamos tú y yo y demos la fiesta por terminada?

El enfermo mira a Cris con mirada hostil.

—¿Es que tienes empeño en hacerme pasar ante mis amigos por un inválido?

Las dos compañeras de Joe le ríen la frase como si fuese una gracia.

58. *La Argentina*: Antonia Mercé (1870-1936) famosa bailarina, nacida en Buenos Aires, de padres españoles. Supo interpretar como nadie los bailes populares españoles a los que llevó por todo el mundo. Fue la intérprete genial de Falla en “El amor brujo”, y abrigó la pretensión de crear unos bailes españoles, como Diaighiliev había creado los bailes rusos, pero aunque llegó a formarse la compañía (1928), se malogró la empresa por falta de medios.

59. Josefina Baker: Célebre bailarina mulata norteamericana, nació en 1906. Se hizo popular por su mímica expresiva y como intérprete de bailes excéntricos y tropicales, presentados con suntuosidad y con numerosos y disciplinados comparsas. Obtuvo sus mayores éxitos en el Folies-Bergères de París.

60. *Girls* (inglés): chicas.

—¡Pobre nene! —dice una—. Mamá te quiere llevar a camita.

Joe enrojece de rabia.

Cris, en cambio, no se inmuta.

—Voy a hacer abrir las ventanas que dan al jardín. Y entonces estarás en plena corriente. Anda, ven. Descansas un rato y volvemos a bajar.

—¡Déjame en paz! —contesta Joe, furioso—. No me da la gana de moverme de aquí. ¿Habéis visto qué mujer más pesada tengo?

Las chicas ríen de nuevo.

Cris, sin contestar, se vuelve. Y se encuentra cara a cara con Prynce-Valmore. El rostro del rey del acero parece esculpido en piedra. Silencioso se acerca a la muchacha y, cogiendo una de sus manos, la pasa debajo de su brazo. El corazón de Cris late a grandes golpes. Las *girls* han enmudecido y se han incorporado un poco.

—Joe —dice Prynce-Valmore con voz seria—, tu mujer, como siempre, tiene razón.

Gladys se ha acercado al grupo. Tiene aspecto de haber bebido demasiados *cocktails*. Jorge Atalanta, a su lado, parece un tanto molesto.

—Mire, marqués, ¡qué bonita pareja! —la mano de Gladys apunta a su primo—. A Gary, a estas alturas, le ha dado por presumir de nuera.

Prynce-Valmore no se digna ni mirarla. Gladys, el día antes de la fiesta, había entrado en el despacho del millonario con la pretensión de que éste recluyera a “la tal miss Guzmán” en sus habitaciones durante el *cocktail*.

—Supongo que no pensarás seguir esta farsa —le había dicho—, y que no te imaginarás que yo voy a presentar a tu aventurerilla a mis amigas como la mujer de Joe.

—No tienes buena memoria —le había contestado el rey del acero—, porque si no, recordarías lo que ya te he

dicho en cierta ocasión: En mi casa mando yo. Y a quien no le gusten mis órdenes, ¡con no pisarla...!

Gladys, al instante, había vuelto a rendirse.

—Pero ¿hasta cuándo vas a seguir esa broma? ¿No comprendes que lo de mañana, si trasciende, puede ser un escándalo social?

Gary Prynce se había encogido de hombros.

—Las circunstancias mandan. Y las cosas se enredan sin que sepa uno cómo. Joe se ha empeñado en dar esta fiesta. ¿Qué quieres que yo le haga?

—Habla con él de una vez. Explícale lo sucedido. Yo creo que ya está casi curado.

—¡Ojalá! Pero aún ayer me ha dicho Rouvier que al menor choque, a la menor contrariedad, pueden volver a repetirse los ataques. Y eso hay que evitarlo a toda costa.

Prynce-Valmore siente contra su hijo una creciente indignación. ¡Para qué sirve tanta preocupación, si él ha de estropearlo todo con actos como el de hoy! Esta fiesta, esta atmósfera, esta trepidación, ¡esta locura!, estando como está gravemente enfermo, recuerdan al padre de nuevo aquella otra irremediable locura que echó a rodar veinte años de desvelos y sacrificios.

Con un gesto llama a Fletcher.

—Que vengan dos criados y que transporten este sofá a aquel rincón. Después van a abrir ustedes estas puertas de par en par para que entre aire. Buenas noches, marqués de Atalanta. ¿Por qué no hace usted bailar un poco a esta bella dama?

—Con mucho gusto.

—¿Sabrán estos negros tocar un vals? —pregunta Cris.

—Naturalmente.

—Bueno, pues dígalos que lo toquen. Yo ya no resisto más jazz-band.

Prynce-Valmore se ha sentado junto a su hijo. Pensati-

¿Por qué se broma así?

vo, contempla el girar de las parejas a los acordes del “Danubio Azul”. Y sus ojos siguen con insistencia la figura de la muchacha, a quien cree querer Joe. Le duele el que éste tenga que contentarse con verla bailar con otro. ¿Para qué sirve el dinero? ¿Para qué? ¿Puede dar fuerza y vitalidad al hijo del rey del acero? Gary Prynce aprieta los puños! ¡Haber luchado tanto y haber sacrificado tanto para llegar a este final!

El jazz ha atacado de nuevo un blue,<sup>61</sup> y el millonario ve saltar y desarticularse en torno a suyo a toda esa trepidante juventud. Y el espectáculo se le hace insopor-

table.

Arriba, en su cama o en su sillón, aislado de todos, sin comparaciones posibles, Joe le parecía un chiquillo enfermo, enclenque, debilitado, pero que podría fortalecerse con el tiempo y con régimen. Pero ahora, ante la visión de lo que eran en realidad seres jóvenes y normales, un gran descorazonamiento se apoderaba de él.

—¿Subimos, Joe?

En su palma energética había tomado la mano húmeda y flaca de su hijo.

—Espera un poquito, papá... ¿Dónde está Fifi?

Cris, frente a ellos, charla en un sofá con el polista español.

“Le estará explicando nuestro caso”, se dice Prynce-Valmore.

El padre busca la mirada del enfermo. Pero Joe no se interesa ya por su mujer, sino por las evoluciones de los bailarines.

—¡Mira a Bob y a aquella pelirroja! —ríe de pronto—. Parecen dos locos.

Cristina pasa bailando con Bert Silvain.

61. Blue: baile de la época.

—¿No subimos, Joe? —pregunta, impaciente, el rey del acero.

Fletcher se les acerca.

—Señor, vamos a servir la cena.

Prynce-Valmore hace un gesto de indiferencia.

—El señorito Joe se va a la cama.

—¿Le cargamos, sir?

—Espere. Dígale a mistress Prynce que le ruego venga un momento.

Cris aparece a los pocos instantes.

—Fifi, Joe se va a acostar.

—Muy bien —dice Cris, solícita—. ¡Vamos!

Prynce-Valmore, de repente, ya no se siente tan solo. —No —dice, afable—; tú tienes que seguir atendiendo a nuestros invitados. Hazles pasar ahora al comedor. No quiero que se den cuenta de nuestra retirada.

Cris comprende. El padre quiere evitar a la susceptibilidad de Joe el que le vean subir en brazos como un pobre pelele.

—Perfectamente. Dentro de un rato subiré un momentito a verte, *dear*.<sup>62</sup>

Joe asiente con indiferencia. Y Cris se dirige a Bert Silvain y le explica con dos palabras la situación. En seguida empieza a desocuparse el *hall* y los salones.

—¿No vienes a cenar, Joe? —preguntan al pasar algunas parejas.

—Dentro de un rato —contesta su padre.

Apenas ha desaparecido por la puerta del comedor el último invitado, el “rey del acero” coge entre sus fuertes brazos la carga ligera del hijo doliente, y lentamente sube con él por la escalera de mármol.

Cris, sentada en una de las mesas, entre Atalanta y

62. *Dear* (inglés): querido.

Bert, se ha levantado con un pretexto, y al llegar a la puerta del *hall* ve subir al padre y al hijo escalón por escalón.

Los ojos de Cris se humedecen. ¿De compasión? ¿De ternura? Del comedor abierto llega hasta ella una oleada de gritos y risas.

Y Cris siente el impulso de dejar tras sí toda esa gente que nada le interesa. De subir con pasos ligeros hasta Gary Prynce y de decirle suavemente:

—Déjame ayudarte a llevar tu carga...

Cris, en estos instantes en que una gran conmiseración conmueve su alma, no se acuerda ya de su anhelo pasado: ser querida, recibir. Sólo siente su anhelo de siempre: dar, dar. Por encima de todo. Y a pesar de todo. Subir allá arriba y poner sus manos sobre esos hombros tan anchos, tan fuertes, que, sin embargo, se pliegan al peso del enfermo.

Cristina Guzmán, profesora de idiomas, siente la maravillosa superioridad que la vida le ha dado sobre el “rey del acero”: un hijo rebasante de salud y de alegría. Cristina Guzmán sabe que, a pesar de cuanto Gary Prynce tiene y de cuanto aparenta, en el fondo sólo es un pobre hombre.

—Pero, Fifi, ¿por qué nos has abandonado? —Bert la coge familiarmente por un brazo—. Atalanta y yo te estamos esperando.

El comedor atruena de animación. De mesa a mesa vuelan chistes y risas. Cris ha tomado asiento entre sus dos admiradores y se esfuerza por escuchar sus galanterías.

Jorge, que ha bebido bastante, la mira con impertinente fijeza:

—Fifi, ¿qué le pasa?

Cris se encoge de hombros.

- Nada.  
Bert también la mira, interesado.  
—Estás tan cambiada, tan rara, que no pareces la misma. Te encuentro seria, callada... ¡Y hasta respetable!  
—Sí —dice Atalanta, siempre en tono impertinente—. La verdad, estoy defraudado...  
—Lo siento.  
—Me temo que sea yo el que tenga el don de convertir la en estatua de hielo.  
—No se haga ilusiones.  
—¿Por qué no? Fifi Monterreal no tiene fama...  
Cris le ataja:  
—Yo no soy Fifi Monterreal —dice en tono molesto—: soy la señora de Prynce-Valmore.

—¿Qué?



XXIV

- J oe ya está en la cama. Y, aunque no se lo confiese ni a sí mismo, se alegra de hallarse de nuevo en su cuarto. Lejos de un bullicio que le enerva, que le cansa.  
—No te vayas, papá —suplica—. Charla un poco conmigo.  
—Pero, hijo, si es hora de que te duermas.  
—No tengo sueño. Quédate un rato... ¡Qué te ha parecido la fiesta?  
—Deplorable.  
—¿Por qué? ¡Así son todos los *cocktail-parties*! Y yo, si hubiera podido hacer como los demás, me habría divertido muchísimo.  
—¿Gritando y dando patadas en el suelo?  
—¡Dar patadas! ¡Qué maravilla! Dad,<sup>63</sup> en mi próxima existencia seré un gran futbolista.  
—Bueno.  
—O un gran boxeador. Seré muy bruto, pero ¡vaya musculatura!

63. *Dad* (inglés): papá.

—¿Tú crees que la felicidad está en eso?  
 —La felicidad no existe.  
 —No digas tonterías.  
 —Creo, en cambio, en los momentos felices. Yo los he vivido con Fifi. Con la otra Fifi. Papá, es algo extraño lo que me pasa con mi mujer: desde que ha vuelto está tan cambiada, ¡que ni parece la misma!

—¿Qué? —pregunta, inquieto, Prynce-Valmore.

—Sí. Y me gustaba mucho más antes. ¡Cuando era alegre, simpática, loca! “Mi cascabel”, la llamaba yo en broma... No te asombres, *dad*; pero Fifi entonces me hacía un bien enorme. Me daba, con su inconsciencia de niña mimada, la sensación de que yo era el que tenía el deber de protegerla, de mimarla, de dirigirla, ¡y eso me engrandecía ante mí mismo! ¡Nuestra luna de miel en Biarritz! ¿Y te he dicho que no creo en la felicidad? Cuando no puedo dormir, me acuerdo, me acuerdo, de nuestras correrías en la playa; de nuestros concursos de natación. ¡Pensar que era yo aquel individuo que hacía de todo! ¡Dichosa médula, o lo que sea!... Me acuerdo de nuestros bailes en “Casanova”. Con su negra avenida de cipreses y su hilera de criados de peluca blanca que te aguardan a la entrada con candelabros encendidos... Y su pista de baile tenuemente iluminada... Y su lujo... Y su música eslavava... Y abajo, el mar. Y arriba, el cielo, todo estrellas... Y de mi brazo, ¡Fifi! Pero no la de ahora, sería, regañona y pesada, sino la de entonces: la que hacía volver a su paso todas las cabezas.

—¿De manera que tu mujer te parece en la actualidad seria y regañona? —pregunta, absorto, Prynce-Valmore.

—Y pesada —añade Joe—. Siempre me está reprendiendo, y aconsejando, y molestando. ¡Yo detesto el sentido común! Como siga así, la voy hasta a odiar.

—¡Qué injusto eres! —murmura Prynce-Valmore. Y se asombra de sentir una extraña alegría.

—El amor no es justicia, papá. Es impulso.

—“¿El amor? —se dice Gary Prynce—. ¿Sabes tú acaso, pobre niño, lo que es el amor?”

*Tu ego  
con los  
nombres*

*¡la psicología de los  
de los*



## XXV

Miss Guzmán, tengo, indispensablemente, que marchar mañana en avión a Londres. Se trata de un Consejo al que no puedo faltar. Pero me voy sumamente preocupado. Joe no ha vuelto a levantar cabeza desde su fiesta famosa.

Prynce-Valmore, que ha llamado a Cris a su despacho, lo dice con seriedad.

—Sí. Tiene calentura todas las tardes. Pero espero que con mucho régimen, con mucho cuidado, volvamos a ganar lo perdido.

—Es desesperante. ¡Con lo bien que iba! ¡No hay lucha posible con esta criatura! Por un capricho lo echa todo a rodar. Rouvier está muy disgustado. Me ha dicho que por este camino, no responde de su corazón... Miss Guzmán, ahora que yo estaré ausente, le ruego que extreme su vigilancia, no deje entrar en su cuarto a nadie que no sea Ida o Fletcher. ¡Ni una visita! Y al menor trastorno, llama usted a Rouvier. Christine, entre sus manos dejo a Joe.

Prynce-Valmore ha cogido entre las suyas las dos manos de la muchacha y sus ojos se hunden en los ojos grises.

Cris sonrío.

—Váyase tranquilo, míster Prynce. Cuidaré de Joe como si fuera mi propio hijo.

Pero ni Prynce-Valmore ni Rouvier, al trazar el régimen, todo paz y sosiego, que había de procurar el restablecimiento de Joe, habían contado con el propio enfermo.

—Fifí, te recuerdo que esta noche es la fiesta que los Altenburg dan en la “Granja Roja”. ¿Qué te vas a poner? Quiero que vayas guapa.

Cris siente cómo el corazón le da un vuelco. Ha aprendido a temer a “su marido”. Y sabe que, bajo esta frase, al parecer amable, se esconde el capricho del momento como un áspid entre flores.

—Hijito —dice con dulzura—, ¡qué cosas se te ocurren! Ya sabes que Rouvier te ha recomendado una quietud absoluta, y que, estando tu padre ausente, todo cuidado que tengamos es poco.

Joe mira a Cris con pupilas demasiado brillantes.

—Mi querida Fifí: ya te he manifestado muchas veces que me aburres cuando tomas en serio tu papel de enfermera. Y también te he dicho que a mí no me domina nadie. Ni mi padre, ni Rouvier, ni mucho menos tú.

—Pero si no se trata de dominarte, sino de curarte. Una vez que estés bueno, podrás hacer lo que te parezca. Pero por ahora, *dear*, deja que los tres velemos por ti.

—¡No dejo nada! ¡Estoy harto de esta vida aburrida! ¿Para qué me sirve ser joven? Los otros se divierten..., trabajan..., bailan..., practican deportes... ¡Y yo aquí siempre encerrado entre Ida y tú! ¡Es espantoso! Si he de vivir así años y años, prefiero durar una semana, pero a mi gusto.

—No digas disparates.

—¿Disparates? —Joe se exalta—. ¡Claro, tú qué me vas a comprender! Entrás..., sales..., tienes salud..., eres como todo el mundo y no una piltrafa humana como yo.

—¡Por Dios, Joe, no te excites, que te hace daño!

—¡Y dale con que me hace daño! ¡Todo me hace daño! ¡Divertirme y rabiar! Pues, ¡eal, se acabó; como de todos modos acabaré muriéndome, he decidido morirme de un hartazgo de diversión, no de aburrimiento. Ya lo sabes: esta noche voy a esta fiesta. Y si tú no quieres venir, voy yo solo.

Cris no contesta. ¿Para qué? Sabe que Joe ha heredado de su padre una voluntad indomable. Sabe que no se le puede ir de frente. Y decide acudir a Rouvier, para que él, con su autoridad, impida el desatino.

Pero con gran desaliento se entera, al llamar por teléfono a casa del psiquiatra, que éste ha tenido que salir para Burdeos a una consulta.

—¿Qué hago yo ahora? —se pregunta Cris—. ¿Llamar por conferencia a Prynce-Valmore? Sí, eso es lo indicado.

Mas la fatalidad parece trabajar en contra suya. Prynce-Valmore había abandonado su hotel por la mañana temprano y, según su ayuda de cámara, no regresaría hasta la noche.

Cris, por todos los medios de persuasión, procura, pues, hacer desistir a Joe de su proyecto. Pero el joven Prynce ha tomado la cuestión a amor propio.

—He dicho que esta noche voy, ¡y voy! Pase lo que pase.

Cris, en su inquietud, ha acudido al viejo mayordomo, que ha visto nacer al enfermo.

—Dígame, Fletcher: ¿qué hacemos?

—Nada, miss —contesta el viejo—. Cuando a un Prynce-Valmore se le mete algo en la cabeza, no hay fuerza hu-

mana que le impida salirse con la suya. Yo creo que lo único es seguirle la corriente y procurar que la cosa salga lo menos mal posible. Ustedes se van tempranito y vuelven tempranito. Y usted, en el baile, procura, miss, que mister Joe no haga tonterías.

— ¡Como si eso fuese fácil!

Cris está abrumada bajo el peso de la responsabilidad que han echado sobre sus hombros. Pero comprende que, en efecto, casi más daño hace al enfermo el estado de excitación en que se agita desde hace tres horas que la salida nocturna.

Ida también está de acuerdo que resulta no sólo inútil, sino también peligroso, el llevarle la contraria.

Y por eso Cris se rinde, decide acceder a la orden de Joe. Por eso se viste de mala gana y baja al *hall* a esperar a "su marido". Entre Fletcher y un criado lo bajan, polichinela de *smoking*, y le acomodan en el automóvil. Cris, silenciosa, toma asiento a su lado.

— Mister Joe, no dejen de volver temprano... —suplica Fletcher.



## XXVI

Son ya más de las tres cuando Prynce-Valmore, *junior*, decide al fin, regresar a casa. En realidad, habría dado por terminada su juega mucho antes si no hubiera sido por llevar la contraria a Cris. Porque después de una animación pasajera, producida por el champaña, y durante la cual había alborotado más que nadie, Joe se siente extremadamente cansado. Ya ni siquiera le divierte la charla insustancial de su compañera de mesa, una rubita que se esfuerza en coquetear con él.

— Vámonos —dice, al fin, a Cris en tono rudo. Durante toda la noche ninguno de los dos se ha dirigido la palabra. Joe guarda a Cris rencor por su actitud durante el día y le carga la involuntaria mirada de inquietud con que no deja de observarle.

Y Cris está nerviosa. No le gusta la expresión del enfermo. El brillo exagerado de sus ojos. El temblor de sus manos.

— ¡Vámonos! —decide asimismo un alegre grupo sentado en la mesa de los Prynce-Valmore. Dos muchachas ayudan al joven a llegar hasta su coche. Jorge Atalanta, miembro de la misma pandilla, decide marchar también.

Para regresar a París hay que atravesar parte del bosque de Fontainebleau, y la noche es tormentosa.

—Iremos en caravana —palmorea el rubio *flirt* de Joe—. Yo voy contigo.

—Bueno. Atalanta, ¿quiere usted llevar en su coche a mi mujer?

—¿Por qué? —pregunta Cris, dispuesta ya a subirse en el “Rolls”.

—Porque a mí no me divierten los planes familiares —ríe el enfermo.

—¡Imbécil! —murmura Jorge, mientras instala a Cristina en su dos plazas.

Un ruidoso grupo se acomoda en el auto de Prynce-Valmore. Otro, no menos animado, invade el coche largo y lujoso de uno de los jóvenes norteamericanos. Por una de las ventanillas del de Jorge se asoma una cara risueña.

—Ahí ya no cabe nadie. Echen ustedes a andar. El “Rolls” de Joe es el que indica el camino. ¡Vaya una noche!

En efecto: un fuerte vendaval silba entre los árboles que rodean “L’Auberge” y levanta en la oscura carretera remolinos de polvo.

—Siga usted nuestro coche —recomienda Cris—. Así no nos perderemos.

—¡Por mí! —Atalanta se encoge de hombros—. ¡Qué mayor encanto que perderme en su compañía!

—Vamos, vamos —dice Cris, un poco nerviosa—. Déjese de madrigales y pise el acelerador.

El “Rolls”, a toda velocidad, se pierde en la noche. El viento silba cada vez con mayor fuerza.

—¿Me permite? —Atalanta cierra las ventanillas. Cris vuelve a recomendar.

—No los pierda usted de vista —Atalanta la mira burlón.

—¿Me tiene usted miedo? —pregunta.

—Yo no tengo miedo a nada ni a nadie —contesta, alta-nera, Cristina Guzmán—. Pero si me molestaría cualquier contratiempo en una noche como ésta.

—¿Quiere olvidarse de la noche y mostrarse un poco más amena? Le advierto que aún nos faltan buen número de kilómetros y resultará más grato el viaje si usted se humaniza.

Cris aprieta sus labios. Para el hombre a su lado ella es ¡Fifi Monterreal!

La luz roja de la trasera del “Rolls” le parece a lo lejos un faro de esperanza. No puede faltar tanto para París. Pero Cris siente algo parecido a miedo. La lucecita roja ha sido tragada allá lejos por una boca negra. La boca negra del bosque que se abre también para engullir entre sus sombras a Jorge y a Cris.

—Bueno, Fifi, déjeme oír su voz. Vuelva a contarme todo aquello tan divertido de las muchachas pobres y honradas que casi me hizo llorar en el tren. La verdad es que tiene usted una fantasía envidiable. ¿Por qué no se decide a escribir folletines? Firmados por su nombre, ¡tan famoso!, causarían sensación.

—Me da usted una idea —contesta Cris. Y vuelve a su silencio.

El *roadster* corre a través de las tinieblas que gimen y silban. Cris se ciñe en su capa de armiño. Y Jorge, a pesar de tenerla tan cerca, la adivina lejos, muy lejos.

¡Qué extraña criatura! El campeón de polo recuerda todos los cuentos escandalosos que ha oído sobre Fifi Monterreal. Las palabras y los desplantes audaces que la chismografía pública le atribuyen. Y Jorge se tacha de imbécil. ¿Por qué le intimida esta mujer?

De vez en cuando lanza una rápida mirada sobre el clairo perfil a su lado. Jorge Vial está muy descontento consigo mismo.

"Parezco un colegial", se regaña.

Han salido del bosque, y dos caminos bifurcan ante ellos su incógnita.

—¿Por cuál ha tomado el coche de ustedes? —pregunta Atalanta.

—No sé, pero habrá algún indicador.

Jorge pasea sus faros, buscando.

—No hay nada —un silencio—. Este camino vuelve al bosque. Aquél debe salir a la carretera. ¿Cuál tomamos? Cris titubea.

—¿No cree usted que el de la carretera?

—No sé. No recuerdo. Pero tomemos éste, ¡y a ver qué pasa!

El camino es malo y lleno de baches. Cris y Jorge saltan en sus asientos.

—¡Vaya piso! —exclama Atalanta—. ¡Y vaya noche!

El viento es tan fuerte, que le obliga a frenar.

—¡Qué delicia!

—¡Por Dios, Atalanta, siga usted! Así no vamos a llegar nunca.

El coche emprende de nuevo su marcha accidentada. Avanza unos kilómetros.

—No veo ninguna carretera... —dice Jorge.

—¿No sería mejor volver y tomar por el otro camino?

—Lo mejor es ya seguir adelante. A algún sitio llegaremos.

—¿Qué hora es?

Atalanta mira.

—Las cuatro.

—Deberíamos estar llegando.

—Pues no le veo aspecto.

—¿Qué hacemos? —Cris lucha por mantenerse serena. Pero su voz traiciona su inquietud. ¡Si que tiene gracia la cosa! Perdida en mitad de la noche en pleno bosque de



Fontainebleau con un desconocido. Y Joe quizá enfermo allá en su casa. Y toda aquella gente sin saber qué hacer. Porque ni siquiera se encuentran en París Gladys y Bob, que decidieron a última hora acompañar a Prynce-Valmore en su viaje. ¡Y Rouvier ausente! ¡Y ella responsable de todo! Si Joe esta noche tiene un ataque y ella no está a su lado, ¿qué explicación dará al padre que le dejó confiado a su hijo?

Cris se retuerce las manos.

Jorge la mira sorprendido.

—¿Tanta desesperación le causa el llegar un poco más tarde junto a su atento marido? —pregunta, zumbón.

—¡Oh, usted no sabe! ¡No puede comprender! ¡Atalanta, siga hacia París, se lo suplico!

Jorge se encoge de hombros y vuelve a empuñar el volante. El coche avanza con dificultad. El terreno es cada vez más accidentado. Pero, de repente, la cegadora luz de un rayo hace a Atalanta perder la dirección. Cris lanza un grito. Durante un segundo ambos pierden la noción de lo sucedido.

—¿Está usted herida? —pregunta Jorge.

—Creo que no. ¿Hemos chocado con algo?

—Sí. Déjeme ver.

El campeón de polo abre la puertezuela y se baja. Un brusco chaparrón le obliga a cobijarse de nuevo en el coche.

—Está bien la cosa. Nos hemos ido contra un tronco. Menos mal que marchábamos despacio.

La lluvia arrecia. Como un telón opaco, se desliza por el parabrisas.

Jorge intenta dar marcha atrás, pero el motor no funciona.

—Debe haberse calado. Tendremos que esperar a que escampe algo.

—Dios mío —murmura Cris.  
Jorge ríe.

—No ponga usted esa cara de mártir. Después de todo, pudimos habernos hecho papilla. Fifi, hágase usted a la idea de que acaba de nacer.

Otro relámpago seguido de un formidable trueno le acalla. Cris, instintivamente, se agarra a su brazo.

—¡Bendita tormental! —ríe Atalanta.  
Cris se suelta bruscamente.

—Atalanta —dice con voz suplicante—, tengo que regresar cuanto antes a París. Es indispensable. ¿Me oye? ¡Indispensable! No tome nuestra situación a broma. Para mí es sumamente seria. Quizá hasta trágica.

—Qué aficionadas son ustedes las mujeres a dramatizar —Atalanta mira a Cris con perfecta serenidad—. ¿Está usted preocupada por lo que dirá su marido? Ése ya está tranquilo y contento durmiendo el sueño de la primera infancia o de la primera borrachera, porque lo que es esta noche no fue precisamente abstemio... Y en cuanto a su suegro, supongo que ya le tendrá usted curado de espantos.

Toda una sucesión de relámpagos seguidos de truenos ensordecedores impide a Cris contestar. La muchacha da diente con diente. Y Atalanta le coge las manos.

—Vaya, Fifi, tranquilícese. Yo no soy un ogro que se come a las niñas bonitas.

Cris le arranca sus manos.

—¡Y yo no soy Fifi Monterreal! —grita nerviosa.

—¿Qué? —pregunta Jorge, incrédulo.

—No soy Fifi Monterreal —repite Cris con desesperación.

“La tormenta la perturba”, piensa Atalanta. Y en voz baja, queriendo calmarla:

—Bueno, será usted quien sea. De todos modos, vamos

a tratar de salir de este atolladero. ¡Mire! Fíjese en el punto luminoso que le indico con la mano. Al próximo rayo verá usted aparecer allí una casita. Fíjese bien en la dirección, porque se va usted a bajar del coche y llamar allí. Yo la iluminaré con los faros. No podemos seguir como estamos. Con esta humedad vamos a pescar algo serio. Y has-ta que no amanezca no puedo darme cuenta del estado de mi motor.

Cris con un esfuerzo, se domina. Comprende que la solución que le propone Atalanta es la única factible. A la luz de los rayos ve, en efecto, aparecer, debajo de un grupo de árboles, algo parecido a una choza.

Cris avanza bajo la tormenta sobre sus zapatos de raso azul. El aire le ha soltado el pelo, y la lluvia le lava la cara con una ducha fresca.

—¿Ha llegado usted? —le grita Atalanta.

—Sí. Aquí hay una puerta.

—Bueno, pues espéreme. ¡Allá voy!

Jorge, en unos cuantos saltos, alcanza a su compañera de infortunio. Con fuertes puños golpea la puerta de madera.

Después los dos aguardan.

Por la rendija de una ventana se filtra al poco tiempo un tenue resplandor.

—¿Quién es? —pregunta una voz de hombre.

—Accidente de automóvil —contesta Jorge.

Se abre una mirilla, y una cabeza coronada por un gorro de dormir se asoma, precavida.

—Abra, por favor —ruega Cris.

Al hombre parece inspirar confianza la voz femenina. Se oye un chirriar de llave y cerrojo. La puerta se entre-abre.

—Señora...

Cris se coloca ante la rendija. Y el hombre ve algo que

ahuyenta sus desconfianzas: una lujosa capa de piel y unos zapatitos claros cubiertos de barro.

— Pasen, señora..., caballero...

Cris y Jorge entran en una modesta habitación, que ilumina una lámpara de petróleo en la mesa.

— ¿Quiénes son, Gaudoux? — pregunta, desde dentro, una voz de mujer.

— Unos señores que han tenido un percanca de automóvil.

— Voy en seguida.

A los pocos minutos aparece en el umbral una mujer de cierta edad, de aspecto simpático, que ha echado sobre su camisón una bata de lana.

— ¡Oh madame, cómo se ha mojado! ¡Y usted también, monsieur... Gaudoux, vamos a encenderles la lumbre, ¿quieren? Así podrán secarse...

Gaudoux se apresura a seguir la indicación de su mujer, y pronto arde en una chimenea de ladrillo un fuego de leña.

— ¡Qué noche, Dios mío! — dice madame Gaudoux, alzando las manos al cielo —. ¡Señora, mire sus pies!

— Ya se secarán.

Cris se sienta ante la lumbre y tiende al calor sus zapatitos mojados.

— ¿Por qué no se los quita usted?

Cris, de repente, recuerda a Balbina de rodillas ante ella. Y recuerda otros zapatos mojados — viejos aquéllos, usados aquéllos — y las manos toscas y cariñosas que envuelven en una toalla sus pies cansados.

— Sentimos mucho no poder ofrecer una alcoba a los señores — se disculpa la señora Gaudoux —. Pero no podemos más que la nuestra.

— No se preocupe, por Dios — contesta Atalanta —. La señora y yo les agradecemos mucho su hospitalidad. Vá-

yanse ustedes a acostar. Nosotros nos instalaremos cómodamente aquí hasta que amanezca y pueda poner el coche en condiciones de seguir.

— ¿Van a París los señores?

— Sí; pero debemos haber tomado por mal camino.

— ¿No pasaron por el cruce? Pues debieron meterse en el bosque.

— Bueno, ya me lo explicará mañana. Les ruego que no nos hagan más cumplidos y se vayan a acostar.

— Aquí les dejo leña para que echen al fuego. Acerca esas sillas, Gaudoux. ¿No querrán los señores una taza de café caliente?

— Lo que queremos es no causarles molestias.

— Tráeles tu aguardiente, hombre. Así entrarán en calor.

Monsieur y madame Gaudoux, después de mil reverencias, han acabado por irse a la cama.

— ¡Por fin solos! — exclama Atalanta.

Pero Cris no está de humor festivo.

“Una chimenea es, por lo visto, el estribillo de mi vida”, piensa. Y todo su pasado surge en su mente entre destellos rojos.

— Fifi, saquemos el mejor partido de nuestra situación. ¿No quiere usted una copa *d’eau-de-vie*<sup>64</sup> para ponerse a tono?

Cris mira a Atalanta frente a frente. Hay una gran seriedad en sus pupilas grises.

— No, no quiero nada.

— Tanto peor para usted. El alcohol es el mejor amigo del hombre. Le confiere a uno...

— Jorge, ¿quiere escuchar, pero con atención, algo que tengo que confiarle?

64. *Eau-de-vie* (francés): especie de aguardiente.

—¡Todo lo que brote de sus labios me interesa y me encanta!

—La primera vez que hablamos usted y yo me dijo usted algo que yo le anuncié no olvidaría nunca: ¡me compenetró... con una hermanita suya que ha muerto!

La expresión y la actitud de Jorge Vial cambian al instante.

—¿Qué tiene que ver mi hermana con esto? —dice, molesto—. Le ruego...

—Yo soy la que le ruego a usted, por su nombre y por su memoria, que escuche con seriedad, con respeto, lo que tengo que decirle, lo que siento mucho no haberle dicho antes.

Jorge contempla el pálido rostro, tan puro, tan fino, entre el nimbo de los rizos desflecados. La boca, triste. La frente, alta y noble. Y la actitud señorial de la que él, en su fuero interno, había llamado con una ilusión difícil de definir "su damita gris".

—Yo no soy Fifi Monterreal —vuelve a repetir Cris. Y esta vez Jorge siente que lo que dice es verdad. Ha acercado su silla a la de la muchacha, y, admirado escucha la extraña novela que le cuentan esos labios que él calificó de "demasiado bonitos para pertenecer a una mujer que se enfrenta con la vida".

En el silencio de la humilde estancia, Cristina Guzmán vuelve a nacer. Es chiquilla. Es muchacha. Y es mujer. Una figurita menuda, frágil, crece hasta convertirse en la de una joven de pisada firme y blanca sonrisa. Una cuna ajosa. Una silueta de mujer difusa, lejana, que se inclina on ternura. Y después otra figura de mujer, sin cariño, in amor, sobre la misma cuna. Una infancia solitaria: colegios, conventos, albas tocas, tañir de campanas, y una vez al año la visita del padre, gardenia y botines... Unito... Unos amores... Una tragedia... Dolor... Soledad

completa... Penas calladas... Lágrimas que, a fuerza de no correr, dotan de un fulgor magnético unas pupilas femeninas... Y otra cuna, modesta, modesta, que cobija a un niñito huérfano.

Jorge Atalanta está conociendo a Cristina Guzmán, profesora de idiomas, no por lo que ella le cuenta, sino por lo que él adivina. No por la realidad escueta de los hechos que Cris evoca con voz baja y casi monótona a fuerza de querer controlar su emoción y de restar realce a su propia figura, sino por mil pequeños detalles reveladores que no escapan a su observación de experto en mujeres.

A Jorge, Balbina, la gallega fiel, y Bubi, con su pelito revuelto y su eterna interrogación en la mirada, resultan al instante familiares. Y, hondamente conmovido, se siente dispuesto a querer, a venerar, a admirar hasta a Cristina-Sofía, la bella pintada por Madrazo.

Jorge Vial, "el capricho de las damas", se siente muy pequeño junto a Cristina Guzmán, profesora de idiomas. Su vida de señorito ocioso y rico le parece de pronto monstruosa de egoísmo, de inconsciencia, frente a esta vida de mujer.

—Cristina —dice, después de un largo silencio—, es usted para mí una lección viva. Una lección cruel. Todo lo que yo consideraba con satisfacción mi ciencia de vivir me lo acaba usted de echar abajo en media hora. Realmente, yo soy un ignorante que sólo conoce de la existencia el lado florido. Pero, sin embargo, no soy lo bastante necio para no juzgarla a usted en su verdadero valor. Cristina, yo sería feliz si desde este momento usted viese en mí solamente al hermano de Luz —de aquel otro ángel que se fue— y si me considerase también como un poco hermano suyo, como un amigo incondicional, a quien puede usted acudir en todo momento y en toda ocasión. Dígame: ¿puedo serle útil de algún modo?

—Sí: llevándome a París lo antes posible —sonríe Cris.  
 —Es verdad. ¡Qué desastre lo de anoche! Pero también, ¿quién manda a ese niño tonto separarse de usted? Jorge, en su flamante papel de paladín de Cristina, siente rabia contra Joe.

—Menos mal que me la encomendó a mí; pero lo mismo pudo haberla confiado a cualquier animal.

—Uno no confía una mujer a nadie —contesta Cris con suavidad—, sino que confía en ella.

Jorge, un tanto avergonzado, recuerda su impertinente actitud durante el camino.

—Lo que me preocupa de estar aventura —prosigue la muchacha— no somos nosotros, sino mi enfermo en París. ¿Qué habrá sido de él, si se ha puesto peor, sin su padre y sin su médico? *Fletcher* y *Schwester* Ida, en caso de alguna complicación, se habrán llevado las manos a la cabeza sin saber qué hacer.

—¿Cuándo regresa Prynce-Valmore?

—No sé. A lo mejor ha vuelto esta noche.

—Anoche —corrige Jorge—, porque son las seis. Debe de estar amaneciendo. Veamos si ha dejado de llover.

Atalanta abre la ventana y se asoma al exterior. La tormenta está lejos. La atmósfera, pura. Una tenue claridad ilumina un paisaje plácido.

—Voy a salir a ver qué le pasa a nuestro vehículo. Váyase usted arreglando un poco. Porque si funciona, como aspero, nos marcharemos en seguida.

Cris saca de su bolso una polvera y contempla su rostro. Se empolva. Se retoca los labios, y con un peine se peina un poco.

Madame Gaudoux, que, sin duda, ha oído salir a Jorge, ntreabre la puerta:

—¿Se van los señores?

—Si el coche marcha...

Jorge regresa satisfecho.

—Todo en orden... Cuando usted guste —en la mano de madame Gaudoux desliza un billete—. Muchas gracias por el refugio y por el fuego.

—No faltaba más, señor. Ahora saldrá Gaudoux para indicarle el camino. Puede acompañarles en el estribo hasta el cruce.

Una hora más tarde entra el dos plazas en París. Cris, según se van acercando a la Avenue Marceau, siente una angustia que le oprime el corazón. ¿Qué habrá pasado durante su ausencia?

—¿Quiere usted que baje yo también? —pregunta Jorge que adivina su alarma—. Quizá haya vuelto “su suegro” y sería oportuno que le explicara lo sucedido.

—Se lo explicaré yo —dice Cris.

—¿La creerá? —Atalanta, con cariñosa solicitud, retiene en su mano la de su “damita gris”.

Cris le sonríe. Pero sus labios tiemblan.

—Tiene que crearme —contesta.



## XXVII

Cris entra por la puerta del jardín detrás del lechero cargado de botellas. Sus tacones se hunden en la arena mojada del camino. Con mano nerviosa llama al timbre de la gran puerta principal. Fletcher abre, sería la mirada.

—¿Míster Joe? —pregunta Cris.

—Está muy malo, miss. Tuvo un ataque de madrugada.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—El señor llegó anoche.

—Menos mal —respira Cris. Y entra en el *hall*.

Pero al pasar ante la puerta abierta del despacho, la voz penetrante de Gladys le hace detenerse.

—¡Ahí tienes a tu nuera, Gary! —ríe la americana—. Y con un raro aspecto, ciertamente.

Cris, en vez de subir, como pensaba, entra en el despacho, dispuesta a afrontar de una vez la situación.

Prynce-Valmore, en batín, el rostro y los ojos duros, se yergue ante ella.

—Míster Prynce —dice Cris con voz insegura—, deseo explicarle...

Él la acalla con un gesto.

—No me interesan sus asuntos particulares. Pero sí le diré que considero rescindido su contrato como enfermera de mi hijo.

Cris levanta la cabeza.

—Bien. Hoy mismo me marcharé.

—Daré orden para que le sean abonados los días que se le deben y para que se le pague su viaje de regreso.  
—Perfectamente.

La voz de la muchacha es serena. Su actitud, altiva.

—Muy buenos días.

Cris, en su cuarto, se mira en el espejo y aprieta los labios. “Tiene un raro aspecto ciertamente.” Es verdad: lesolorida, demacrada. Con el bajo del traje y los zapatos enlodados...

Cris, ante el espejo, ensaya una sonrisa y rompe a llorar. “¡La vida sonríe!...” ¡Sí, sí, sonríe! ¡Cuándo le ha onreído a ella?

Cris se deja caer en un diván y solloza como una chiquita. Como una pobre criatura a quien han castigado injustamente. Un desconsuelo infinito la hace sentirse débil y bandonada. ¿Por qué? ¿No ha reaccionado ella siempre on insolencia ante las injusticias del Destino? ¿Por qué e deja abatir ahora? ¿Qué le importa a ella el ceño des- eñoso de un hombre que no le es nada?

Cris se arranca los zapatos, las medias. Se quita el traje se ciñe en su bata albaricoque. Va al cuarto de baño y ielta los grifos. ¿Tendrá aún derecho a los servicios de eorgette? Probablemente, no. Ha caído en desgracia. a no es mistress Prynce-Valmore junior, sino la *petite stituirice*.

Cris se baña. Se lava la cara con agua helada. Se empol- i. Se pinta. Que nadie sepa que ha llorado. Sus labios rarean una tonadilla de moda. Y cuando Georgette en- a en el cuarto, la encuentra lista para marchar.



“¡Qué me importan a mí esta gente y sus ‘asuntos particulares’! —se ha dicho Cristina Guzmán—. Lo mío me aguarda allá en Madrid.”

—Madame —dice Georgette—, Ida me encarga le diga que monsieur Joe no deja de llamarla. Está muy grave. Tiene una fiebre altísima.

Cris, que se prendía el gorro ante el espejo, deja caer los brazos.

—¿Está muy grave? —pregunta en voz baja.

—Sí; la noche ha sido terrible. Le han dado dos ataques. Creían que se moría. ¿Qué le ha pasado a madame?

—Tuve un accidente de automóvil, Georgette. Nos perdimos en la tormenta.

La francesita lanza un “¡Oh!” suficientemente convencido. Y después:

—Vaya a ver a monsieur Joe, madame.

Cris titubea.

—El doctor Rouvier le ruega que se dé prisa.

Cris, en puntillas, entra en el cuarto, oscurecido, del enfermo. Ida se levanta y le deja su sitio junto a la cabecera.

Joe parece dormir, una bolsa de hielo en la cabeza. Su respiración es anhelante. Su rostro arde. Cris, silenciosa, le coge una mano. Y Joe entreabre los ojos. La reconoce.

—Te he llamado..., ¡te he llamado tanto!

—Ya estoy aquí.

—No me dejes... No te vayas... Fifi, estoy muy malo..., muy malo... Me voy a morir...

—No —dice Cris—, no te vas a morir. Te vas a poner bueno. Ya verás...

—¿Tú me curarás?

—Sí, yo. Anda, calla. Duerme.

—No puedo... Me duele la cabeza..., y veo todas las cosas dobles... Esta ventana..., aquel sillón... ¡Todo doble!... Doble... Doble...

—Calla, mi vida.

Prynce-Valmore ha entrado en el cuarto. Su mirada se fija en el grupo con dureza.

—Fifi —prosigue el enfermo—, ¿sabes para qué te llamaba? Para pedirte perdón. Tiene razón papá: soy injusto contigo. Soy insoportable... En cuanto me siento mejor, me fastidia el que me trates como si fuera un niño pequeño... Pero ¡me haces tanta falta! Sin ti, sin tus cuidados y sin tu cariño, ¿qué sería de mí? Eres muy buena, Fifi...; te quiero mucho..., mucho... Ya te lo demostraré cuando esté fuerte como Pierre..., regando violetas..., regando violetas..., con músculos de hierro; daré patadas..., muchas patadas..., a la regadera..., a Ida..., a Rouvier..., a Fletcher..., a Gladys..., a todos menos a ti, Fifi, que me tratas con tanto cariño... Tenías razón ayer..., cuando no querías dejarme ir a la fiesta... Ya lo dice papá: siempre tienes razón...

Joe se ha sumido en un estado de amodorramiento.

—Te quiero mucho...; eres muy buena —murmuran sus labios inconscientes.

Dos lágrimas rebeldes saltan de los ojos de Cris. Resbalan, lentas y brillantes, por sus mejillas.

Prynce-Valmore, en silencio, abandona la habitación.

—No puedo dejarle. No puedo dejarles —se dice Cristina—. Me necesitan.”

Todo el día ha permanecido la muchacha junto a la cama de Joe. Ha dominado su cansancio para prodigarle los mil cuidados necesarios. Ida se ha ido a acostar para relevarla de noche. A las siete de la tarde, el estado del enfermo ha mejorado notablemente. Su temperatura ha bajado a treinta y ocho grados, y su sueño parece tranquilo y reparador.

—¡Váyase a descansar, madame! —le ha ordenado Rouvier.

Cris baja al despacho del rey del acero. Su decisión está tomada. Su paso es firme.

—Pregunte a míster Prynce si me puede recibir —ruega a Fletcher.

El mayordomo regresa y le indica que pase.

Prynce-Valmore, recostado en una butaca, se ha puesto en pie. Su rostro serio interroga a Cris.

—Míster Prynce —dice la muchacha—, no acepto su despedido como enfermera de su hijo porque no lo he merecido.

Prynce-Valmore estudia en silencio la cara dolida, bajo su barniz de dignidad, que se alza hacia él.

—Causas ajenas a mi voluntad, que no son del caso y que a usted no interesan, me impidieron anoche regresar con él de una fiesta a la que no logré impedir que fuera. Nuestro contrato, míster Prynce, puede usted romperlo, si quiere. Pero yo no dejo a Joe porque Joe me necesita.

La voz de Cris vibra en el silencio del gran despacho. Gary Prynce, con brusco ademán, coge a la muchacha por un brazo y la obliga a sentarse a su lado.

—Cuénteme, Christine —dice con dulzura—, cuáles fueron esas causas que le impidieron volver anoche a casa. Me interesan mucho más de lo que debieran.

Cris mira a Gary. Una extraña luz suaviza su mirada, y Cris se muerde los labios hasta hacerse daño. No quiere llorar. No quiere ser junto a él la niña cansada, nerviosa, rendida, a quien han castigado injustamente, sino Cristina Guzmán, la mujer fuerte que sabe lo que hace y sabe lo que quiere.

¡Un esfuerzo, Cris! ¡Un toque de clarín a tu voluntad! Y los nervios rotos, y el cerebro dolorido, y los pensamientos dispersos, y la voz, y la mirada, como viejos combatientes acostumbrados a obedecer a una voz de mando, seguirán a tu blanca sonrisa.

Cris, lentamente, escogiendo las palabras, relata sus aventuras de la noche anterior.

—Y entonces decidí contarle mi historia... —termina su narración.

Prynce-Valmore, como Jorge anoche, sabe leer entre líneas, escuchar entre las frases sencillas, naturales, todo aquello que no se dice.

Cuando Cris ha dejado de hablar, el rey del acero le coge una mano y, reverentemente, se la lleva a los labios.

—¿Me perdona, Christine?

Cris asiente. Sonríe con los labios cerrados.

Gary Prynce se pone en pie. El cumple siempre lo que promete. Pero quiere huir de la tentación. Dominar el impulso de coger entre sus brazos, aguerridos, protectores, a esa chiquilla pura y valiente que pugna por no llover.

—Mi pequeña guerrera —quisiera decirle con infinita dulzura—, apoya tu cabeza aquí en mi hombro, y no detengas ese llanto que veo temblar en tus pestañas. No te avergüences de sentirte falta de fuerzas.

Prynce-Valmore, en ese momento, toma un compromiso consigo mismo. Pase lo que pase, el porvenir de esta muchacha, a quien su hijo llama en su delirio, quedará asegurado. A él le sobran puestos bien retribuidos que poder ofrecer decorosamente a una mujer culta que sabe cinco idiomas.

Prynce-Valmore tiende a Cris ambas manos.

—¿Amigos? —pregunta.

—¡Amigos! —contesta Cristina Guzmán.

—Bien, pues ahora váyase a descansar. Joe, a Dios gracias, está mucho mejor. Ya le sacaremos adelante entre nosotros dos. ¿Verdad?

—Sí —dice Cris—; entre nosotros dos.



—Entre nosotros dos... —repite en su cuarto, dejándose caer de rodillas ante una imagen de la Macarena, de la Virgen de su tierra, que preside su alcoba entre ramos de flores.

Cris mira a la virgencita andaluza, por cuyas mejillas resbalan dos lágrimas de cristal.

—Le quiero..., ¿sabes? —dice en voz baja.

*Handwritten note:* 20.10.1974



## XXVIII

**J**oe vuelve a mejorar poco a poco. Muy poco a poco. Rouvier no le deja levantarse, y Cris, como en los mejores tiempos, se pasa el día con el enfermo, leyéndole a ratos, charlando otros o jugando con él a las damas o al dominó.

Los días parecen arrastrar sus horas. Las horas, sus minutos. Ida suspira con desesperación, y Fletcher meneaba la cabeza. Joe ha vuelto a sus saltos de humor. A sus rebeldías. Rouvier receta calma, pero su rostro es serio.

Sólo Cris se siente feliz. Prynce-Valmore viene a ver a su hijo a cada rato. Y él es el único que tiene el don de aplacar la irritabilidad del enfermo. Joe recibe a su padre con alegría. Y Gary, para distraerle, alardea de una jovialidad y de una animación que no debe sentir en el fondo. Cris y él charlan, discuten, vuelven el mundo al revés. El enfermo escucha interesado, y de vez en cuando brota espontánea su risa.

Gary Prynce ha viajado mucho. Ha leído mucho. Pero, en cambio, no está acostumbrado a exteriorizar sus impresiones. Y halla un raro placer en “dejarse ir” ante estos dos seres jóvenes que le escuchan absortos. —Esta-

mos divirtiéndolo a Joe —, se dicen Cris y Gary al medir sus armas. Porque Cris es un buen adversario en torneo de ingenio. Su gracia madrileña nada tiene que envidiar al humorismo sajón. Joe ríe y, espoleados por esa risa, el millonario y la maestra desempolvan viejas anécdotas. Hablan de música, de arte, de literatura. Gary Prynce se asombra de la cultura de “su nuera”.

Todos los días se escapa Cris un rato a “tomar el aire”. En realidad, a hablar con Madrid por teléfono, a escuchar la voccecita clara de su pequeño.

— Mamá, estoy muy gordo; tan gordo, que no me vas a reconocer...

— Me alegre, mi sol.

— ¿Y el caballo vivo, también está gordo?

— Mucho... Dime, mi vida: ¿te acuerdas de tu mamaita?

— Sí, Cris; quiero que vuelvas.

— Pronto volveré, Bubito.

— Balbina ya no sabe ni un cuento nuevo. Los tuyos son mucho más bonitos. ¿Le gustan a ese niño?

— Sí, mi vida; le gustan mucho.

— ¿Y al papá?

— También.

— Van tres minutos...

— ¡Que Dios te bendiga, mi amor!

Habla  
con su  
mujer: Bubi



## XXIX

Cris se asoma al balcón de su cuarto. Hace uno de esos días que con su cielo sin nubes y su atmósfera tibia invitan a vivir. Un trinar de pájaros sube del jardín. Y Cris, ante su balcón abierto, se siente el alma ligera, ligera. Pensar en el mañana, ¿para qué? Cris goza del minuto presente. Hoy la vida es hermosa. Su pajarillo está bien, allá en el nido lejano. Joe mejora. Y los ojos de Gary han perdido su frialdad. Cris, en sus coloquios consigo misma, llamaba a su jefe, al principio, mister Prynce. Después pensó en él como Prynce-Valmore. Ahora es sencillamente “Gary”. El rey del acero ya no impone a Cristina Guzmán. ¡Quí! A veces, cuando a alguna de sus salidas contesta con una carcajada, le parece tan joven como Joe. Y también hay un mucho de maternal en lo que ella siente por él. Por el gran Gary, que de una plumada crea industrias fabulosas y maneja millones de dólares y millares de hombres. Por el hombre a quien llaman a consulta — ¡oh el poder del oro! — los estadistas más famosos del Universo y por cuya buena voluntad suspiran los Presidentes de Consejo.

¡Gary Prynce-Valmore! ¡Nombre eufónico! Le va bien al apuesto magnate.

El timbre del teléfono interior saca a Cris de sus divagaciones.

—Christine...

Ella cierra los ojos. ¡Christine! Suena bonito dicho por esa voz.

—Hello... ¿No me conoces?

—Buenos días, mister Prynce.

—Miss Guzmán, hace un día espléndido, y he pensado en ir a almorzar a Versalles.<sup>65</sup> ¿Quiere usted venir conmigo?

—¿Y Joe?

—Bert fue ayer a verme al Lorgan y me dijo que vendría a distraerte esta mañana. Voy a llamarle ahora mismo y recomendarle que no deje de hacerlo. ¿Acepta usted acompañarme?

—Con mucho gusto. ¿A qué hora nos vamos?

—A las doce. ¿Le parece bien?

—Perfectamente.

Cris, ante la ventana abierta, mira el cielo radiante con ojos radiantes. Su corazón canta, con los pájaros, un himno a la vida.

Cris se pone un traje estampado, un gorro negro, unos guantes negros y coge su bolso de piel de foca.

—Me gustas mucho con todo eso —aprueba Joe—. No se desprisa en volver. Voy a hacer que Bert almuerce conmigo, y ya sabes que me divierte más que nadie.

Cris baja al jardín a esperar a "su jefe". Un "Hispano" le dos asientos, de interminable *capot*, la sorprende.

Prynce-Valmore alza en la puerta su alta figura.

—Hello, miss Guzmán; suba.

—Hasta luego, Fletcher.

65. Versalles: En las cercanías de París, magnífico palacio edificado por Luis XIV, y parque dibujado por Le Nôtre, donde árboles de toda especie y un número de fuentes, estatuas y surtidores han hecho de él la obra maestra de los jardines franceses por su extraordinaria belleza.



Cris, como el día de la llegada, ve desfilar París ante sus ojos. Pero un París distinto. O que a ella parece distinto. Un París mañanero y bullicioso. Alegre y trabajador.

De su compañero, Cris sólo ve unas mangas de franela gris, unos puños de seda blanca y unos magníficos guantes de piel. Y a Cris le basta con eso. Lo importante es sentirlo allí, a su lado, y percibir el ligerísimo aroma a loción cara que ya le es familiar.

El soberbio coche y sus elegantes ocupantes hacen volver de cuando en cuando alguna cabeza. Las peatonas mañaneras envidian a esa muchacha que tiene la suerte de ir en semejante "auto" junto a semejante dueño.

Ya están en las afueras, cuando Prynce-Valmore se vuelve hacia ella.

—¿Por qué está usted tan callada, Christine? ¿En qué piensa?

—¡Oh, es un misterio!

—¿No me lo puede contar?

—No...

—¿Ni siquiera si se lo pido mucho?

—Ni siquiera.

—¿Y si lo adivinase?

—No puede.

—¿Cree usted?

El rostro moreno de ojos azules la contempla risueño.

—Christine, siento decirle que yo sé lo que piensa, en qué piensa y en quién piensa.

—¿Sí? Pues no es poca pretensión... ¡A ver! ¡Dígamelo!

—Después.

El coche vuela por una carretera perfecta. Los dos callan.

—Y usted, mister Prynce, ¿en qué piensa?

—Oígame, Christine: ¿me quiere hacer el favor de aparear-me el tratamiento?

—¿Cómo quiere que le llame? ¿Papá?



- ¡Al diablo papá! Gary, naturalmente.  
 —Me parece demasiada confianza.  
 —¿De quién en quién? ¿De modo que a estas alturas resulta que no le inspiro a usted confianza?  
 —Una cosa es tener confianza en una persona y otra permitirse confianzas con ella.  
 —¿Cómo quiere llamarme, entonces?  
 —¿Qué le parece, “jefe”?  
 Prynce-Valmore ríe.  
 —Llámeme, mejor, “Su majestad el rey del acero”.  
 Cris observa que de un tiempo a esta parte ríe con frecuencia.  
 —¿A cuántos kilómetros está Versalles de París?  
 —Desgraciadamente, a muy pocos.  
 —¿Desgraciadamente?  
 —Sí; me encanta conducir teniéndola a usted al lado.  
 —Muy amable.  
 Gary Prynce le lanza una rápida mirada.  
 —A veces siento ganas de pegarle.  
 —Menos amable.  
 —Christine, me siento feliz junto a usted. Me siento otra vez joven... Y lamento no tener quince años menos.  
 —¿Para qué? Está usted bien como está. Ya ve lo enamorado que tiene a Gladys.  
 —El “amor” de Gladys no me interesa. ¡Si fuese el de ra que yo sé!  
 —No sea usted ambicioso.  
 —Lo soy por ley de herencia.  
 Prynce-Valmore frena su coche tan bruscamente, que chican las llantas. Y se vuelve a su compañera, el rostro muy ío:  
 —Christine. *I love you.*<sup>66</sup>

6. *I love you* (inglés): te quiero.

Cris, muy pálida, ha recostado su cabeza en el asiento y ha entrecerrado los ojos.  
 —Es terrible, Christine; pero es verdad.  
 Cris no contesta.

—Es terrible por el conflicto en que estamos metidos. Joe la cree suya y la quiere a su modo... Y yo no puedo quitársela a Joe... Yo no puedo saltar por encima de la razón y de la vida de mi hijo para decirle: Christine, ¿quiere ser mi mujer?  
 Cris ha levantado hacia el rey del acero su rostro todo luz. Su mano se apoya en el brazo viril.

—Con eso me basta... No diga más...

Prynce-Valmore se mira, dudoso, en las pupilas grises.

—Con eso me basta... —repite Cris, bajo.

Gary Prynce hace un brusco movimiento, pero la mano en su brazo le retiene.

—No hablemos más por favor... No estropeemos este instante... Yo no he sido muy feliz en mi vida, y ahora lo soy, ¡lo soy tanto!, que quiero *sentirme* serlo.

Gary Prynce contempla deslumbrado el rostro fino, donde tiembla una emoción contenida.

Ambos callan.

Cris se incorpora. Sonríe, ahuyentando el hechizo demasiado dulce.

—Y nada más —dice con tono resuelto.

—¿Nada más? —pregunta él, cogiéndole una mano. Cris meneaba la cabeza.

—¿Es poco? —pregunta.

—¡Podría ser tanto!

—Con esto me basta —vuelve a decir Cris.

—A mí, no.

—Pues tiene que conformarse. Contra Joe no podemos luchar.

—¿Es mi sino, entonces, sacrificarme siempre? —protesta él.



—Un padre no se cansa nunca de dar.

—Usted, ¿qué sabe?

Cris sonríe.

—¡Más de lo que cree! ¡Frente alta, Gary! Tiene que ser enérgico por los dos.

—*My darling!* —conmovido, mira el rey del acero a esa muchacha que con tanta naturalidad renuncia a una fabulosa oportunidad—. Pensar que usted podría quererme y que, ¡in embargo...

Cris le interrumpe. Hay un dejo de ternura en su voz juvenil.

—No piense en mañana. Piense sólo en hoy. Este día nos pertenece, y vamos a hacer una excursión fuera de nuestra propia vida... Mañana volverá a ser usted para mí mister Prynce-Valmore, y yo, para usted, la señorita Guzmán. Pero ahora, ¡olvidémonos de todo! Y por unas horas juguemos ser felices..., maravillosamente felices...

Gary Prynce lleva la mano de Cris a sus labios...

—Hágase su voluntad.

El coche vuelve a arrancar. Gary y Cris, muy juntos, vuelven hacia la dicha. Hacia una dicha un poco dolorosa, a fuer de estar concentrada en unas horas. El hombre pisa el acelerador. 120..., 130..., 140... Los árboles de la carretera resuran su desfile.

Cris ha recostado la cabeza y piensa que sería dulce morir... Pero un recuerdo la hace erguirse.

—No corra tanto.

Versalles. El coche se ha detenido a la entrada de los dines.

—¿Se baja, pequeña?

Gary le tiende ambas manos.

—¡Pequeña! Sí, muy pequeña resulta Cris junto a la estatura de a quien Gladys llama "un millonario de ícula". Muy pequeña, pero muy feliz. Mañana es ma-

ñana. Hoy es hoy. Y hoy Cris es la amada radiante de Gary Prynce-Valmore.

Cogidos del brazo, paso a paso, recorren Gary y Cris aquellos lugares históricos, donde otros amores dejaron su rastro.

Las acacias y los jazmines están en plena floración. Las hojas nuevas de los árboles ríen al sol en una gama de verdor. Los céspedes, que antaño hollaron los tacones rojos de las bellas de la Corte, extienden su felpa esmeraldina.

El Pequeño<sup>67</sup> Trianón los acoge con el frescor de sus mármoles y la gracia apagada de sus pinturas murales. Cris y Gary escuchan la voz del guía. Pero entre sus palabras, entre el retumbar de nombres famosos y el repicar de anécdotas, una musiquilla tenue parece cantar: amor..., amor...

De las viejas paredes y de los viejos sillones, de los amocillos y de las flechas, un mustio perfume se desprende. Una sombra patética puebla todo Versalles. La sombra de una reina<sup>68</sup> que quiso jugar a ser mujer y que la fatalidad —caricatura trágica— convirtió en la viuda Capeto.

Los recuerdos trenzan su guirnalda, que es a ratos diadema de rosas y a ratos corona de espinas.

—Les enseñaré el balcón —promete el guía— donde María Antonieta se asomó cuando el pueblo, enfurecido, reclamaba su presencia. Tenía de la mano a sus dos hijos. *Pas d'enfants! Pas d'enfants!*<sup>69</sup> le gritaron entre amenazas e

67. El Pequeño Trianón: Célebre mansión real levantada en el parque de Versalles por Luis XV.

68. *La sombra de una reina...*: La autora se refiere a María Antonieta, reina de Francia, que habitó en una época Versalles y que fue guillotizada en 1793.

69. *Pas d'enfants* (francés): sin niños.



insultos. Con un gesto maternal despidió la reina a los niños, y sola se presentó a las iras populares. Fue entonces cuando aprendió a no temer a la muerte.

Pero ahora toca el turno a las evocaciones amables, con sus rimas de madrigal y sus aires de minué.

Aquí es el teatrillo de María Antonieta: pelucas blancas... Anchas faldas de raso... Intrigas... Reverencias... ¡u Majestad la Reina... Su Majestad el Rey... Y de nuevo a musiquilla ligera: amor..., amor...

Allá lejos es el "Hameau", con sus casucas célebres... pastoras reales... Lecheras de manos como linios... Risas resacas... Pamelas... Faldas de percal... La reina de veinte ños juega a ser feliz.

Amor... Amor...

Cris y Gary, muy juntos, no escuchan ya la voz banal de u guía. Piensan, vibrantes de su propio cariño, en aquellos seres idos que poblaron las entonces ricas estancias on calor de vida.

"Pero ¿dónde están las nieves de antaño?", se pregunta ris con Villon.<sup>70</sup>

Después se estremece.

—¿Tiene frío, Christine?

—Sí; salgamos ya.

Fuera, la primavera resplandeciente vuelve a acogerlos on su hálito tibio.

Cris sacude su melena.

—No quiero pensar.

Prynce-Valmore se mira en los ojos grises.

—Soñemos, Christine.

Cris recuerda: "Yo no soy de los que sueñan", le había lo decir a Gladys.

<sup>70</sup> Villon (francés): poeta francés (1431-1484) autor del poema ¿Dónde in las nieves de antaño?

Un banco entre flores les brinda su asiento de piedra.

—¿Quizá se sentaron aquí el Rey Sol<sup>71</sup> y la Vallière<sup>72</sup>?

—Los tiempos han cambiado. Hoy es éste el trono de los reyes del acero.

Cris ríe.

—Debe ser bonito eso de sentirse rey de lo que sea... —piensa en voz alta.

—Bonito no es la palabra apropiada... Bonito es lo que estoy viviendo hoy... Christine, cuénteme algo de usted... De su pasado...

—¡Oh, no, Gary! No me haga hablar de cosas tristes.

Él coge los dedos finos.

—¿Tanto le duele recordarlo?

—Sí —dice Cris con un poco de angustia—, me estropearía el día si tuviese que resucitar todo aquello.

Gary la contempla pensativo.

—Nada sé de usted, Christine.

—¿Nada? —pregunta ella con intención.

—Quiero decir de su vida. De usted creo saberlo todo, mi pequeña guerrera.

—¡Y, sin embargo, no sospecha hasta qué punto tengo derecho a ese nombre que me da!

Callan los dos.

El sol trenza arabescos en el follaje. Unas mariposas tiemblan en el aire.

—Un día de estos le contaré una historia larga y muy triste —dice Cris al cabo de un rato—. Entonces comprenderá muchas cosas... Pero hoy, no, Gary; hoy, no.

<sup>71</sup> El Rey Sol: Luis XIV, rey de Francia (1638-1715).

<sup>72</sup> La Vallière: (Francisca Luisa, duquesa de). Dama francesa (1644-1710), favorita de Luis XIV, que tuvo de ella cuatro hijos, de los cuales sólo le vivieron dos, que fueron más tarde reconocidos por el monarca. Suplantada en el favor real por madame de Montespan, retiróse a un convento, con el nombre de sor Luisa de la Misericordia.

—Como usted quiera, Christine. Siempre como usted quiera.

Mano en mano, vuelven a callar. El silencio compensado de dos seres afines es más elocuente que todas las palabras. Cris y Gary no sienten la necesidad de poblar con frases profanadoras esta callada emoción suya. Al contrario, como en la solemnidad de una catedral, penetran cada vez más en su silencio, impresionados y felices.

Unas campanas lejanas obligan a Prynce-Valmore a mirar su reloj.

—Son las tres —exclama sorprendido—. ¡Y se nos ha olvidado almorzar! ¿Tiene hambre?

Cris se interroga.

—Creo que sí.

Él la coge, riendo, por un hombro.

—Muy halagador para mí... Vamos, pequeña... ¡Yo le había encargado al "Reservoir" que nos tuvieran para una un exquisito almuerzo!

—¿Cómo estará a estas horas?

El *maitre* del "Reservoir" no se apura por tan poco.

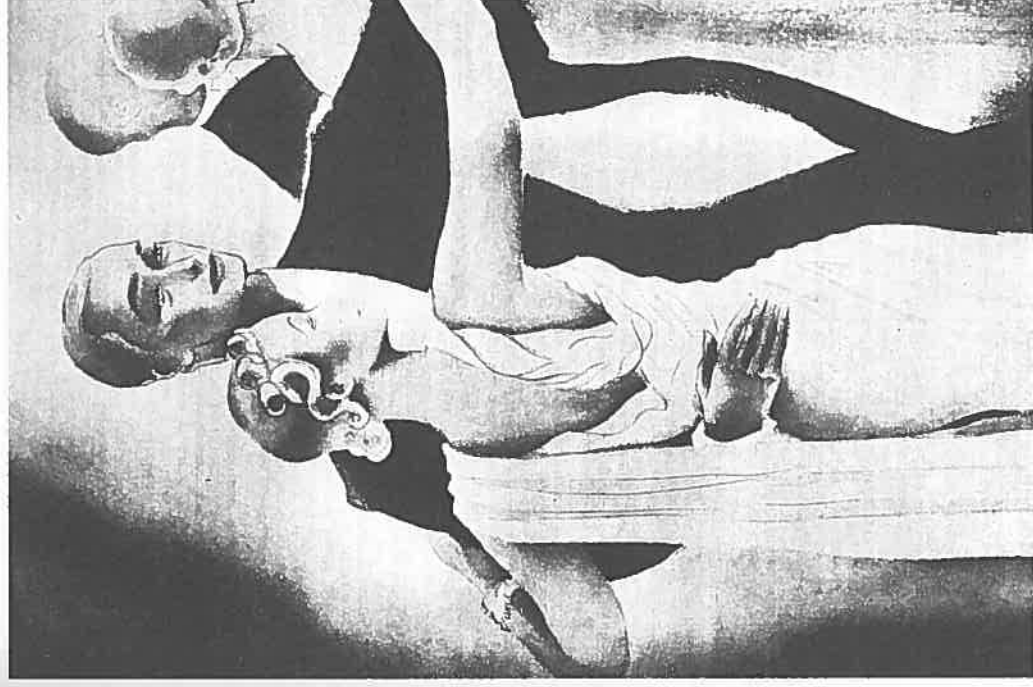
—Ya verá el señor cómo queda contento.

El señor, desde luego, queda contentísimo. Del delicioso almuerzo. Y de su deliciosa compañera, que tan bien se respira en todos los climas. Cris, a la hora de comer, se respira con sano apetito. Para ella todo está "espléndido".

—Usted sí que es "espléndida" —dice él con tristeza. Según se va acercando la hora de regresar a París, Gary parece se siente desalentado.

—No puedo ya prescindir de usted —dice—. No quiero perderlo. Tengo que buscar una salida.

—No la hay, Gary. Yo he pensado mucho desde el momento en que empecé a notar... Y tengo decidido lo que he que hacer. Lo que es nuestro deber. Seguiré junto a



—Bailamos — confirma la muchacha.



—¿Y quieres ser tú ahora mi niño?— pregunta Gary Prynce.

Joe hasta que mejor definitivamente. Seguiré siendo su enfermera. Y usted, para mí, solamente será “su padre”... Y cuando sea oportuno, discurremos la manera de que yo desaparezca haciéndole el menor daño posible.

—¡Si yo no la puedo dejar marchar! ¡Si no la quiero dejar marchar!

—No se trata de demostrar voluntad, sino de doblegarla. Usted me dijo en Madrid: “Desde el momento en que pise mi casa de la Avenue Marceau, será usted para todos mi hija política.” Hoy le digo yo: “Desde el momento en que esta noche entre en su hotel, debo ser para usted únicamente la mujer de su hijo.”

—Pero ¡si no lo es!

—Para el caso es lo mismo. No debemos jugar con fuego.

—Todo esto es un absurdo. Los dos somos libres. Joe está casado con otra. ¿Por qué renunciar?

—No soy yo la llamada a recordarle el estado de salud de su hijo.

Prynce-Valmore hunde la cabeza en las manos.

—Es cierto —dice. Y después, breve—: Regresemos pronto, Christine. Es mejor.

Cris se ha puesto en pie. Sus ojos acarician con ternura la cabeza inclinada. Su mano se posa en la espalda del hombre.

—El recuerdo de nuestro día de hoy, Gary —dice suavemente—, será una lucecita a través de toda mi vida...

Él ha alzado hacia ella su rostro contraído.

—*I love you* —dice—, y es para siempre.

Han regresado en silencio. Mientras el coche penetra en el jardín, Gary aprieta la mano enguantada de negro.

Cris salta a tierra.

—Acuérdese, míster Prynce —su sonrisa es triste—, de que es usted el hombre de acero.

---

---

## XXX

En torno a la silla de extensión de Joe siguen girando los días de Cris. Unos días monótonos a fuerza de ser iguales, pero que a ella parecen maravillosamente diferentes.

Cuando por la mañana abre los ojos, lo primero que hace es preguntarse:

“¿Por qué me siento feliz?”

Y mira en torno suyo buscando la clave de esta sensación subconsciente. Y ve la alcoba lujosa, el balcón entreabierto, el jardín todo verdor y ella entre crespones color de rosa.

—Gary... —dice Cris suavemente—, Gary..., Gary..., Gary...

—*I love you*, Christine...

Cris cierra los ojos.

Es demasiado feliz.

El Destino le debía, en realidad, este desquite. ¿Ayer? Ayer no existe. Sólo su fruto bendito. ¿Mañana? Mañana está lejos. Hoy es lo que cuenta. Cris no siente remordimiento por saborear la vida gota a gota cuando es miel lo que brinda. ¿No ha sabido también apurarla hasta el fondo cuando fue cáliz de amargura?

Y, sin embargo, su razón la reprende:

—¿Por qué estás tan contenta? ¿Ha cambiado en algo i existencia? ¿No sigues siendo Cristina Guzmán, profesora de idiomas? ¿No tendrás, cuando termine tu sueño intástico, que lanzarte de nuevo a la caza de discípulos?

—*I love you*, Christine... —canta el corazón de Cris.

—Para bien poco va a servirte —se burla la razón—. Él, en su vida, su hijo y sus problemas. Tú, con la tuya, tu uico y tus dificultades. Él, arriba, y tú, abajo. Él, con su ulvario empedrado de oro. Tú, con tu cruz a cuestras en e zarzales. Despierta a la realidad, Cristina Guzmán.

—*I love you*... —ríe el corazón de Cris.

—Pero ¿no has sufrido bastante? ¿No te han aplastado ificientes veces? ¿Adónde te conduce esta locura? Eres capricho momentáneo de un hombre que se había olvidado del amor. Eres bonita. Halagas lo más íntimo de su nor propio varonil.

—*I love you*... —murmura el corazón de Cris.

—A nada se compromete contigo, puesto que un obs- culo infranqueable os separa. ¿Un rey y una maestría? ¿ema de cuento de hadas! Se curará el hijo y te darán las acias. Quizá hasta un cheque importante. Y ellos volve- n a sus palacios de Palm-Beach, de Riverside Drive y de ilifornia, y tú a tu negra callejuela... ¡Despierta, Cristi- Guzmán!

—*I love you*... —palpita el corazón de Cris.

—Todo ello estaba, en realidad, previsto, Él, fastidia- , aburrido, junto a la cama del hijo enfermo, sin la di- rsión del trabajo habitual. Tú, novedad, atracción. Él, máquina de acero que todo lo arrolla. Tú, un pequeño stáculo blanco... Estaba previsto, Cristina Guzmán.

—*Le quiero*... —triumfa, con argumento supremo, el razón de Cris.



## XXXI

El estado de Joe se ha estacionado. El enfermo sigue muy débil, con un ligero recargo de fiebre por las tardes. Cris, más que nunca, le rodea de una atmósfera de pausada ternura. Todo el amor que Cris siente por Gary fluye a sus dedos cuando se posan sobre la frente de su hijo. Todo el amor que Cris siente por Gary lo irradia en torno suyo. Y ella se mueve en la consciencia de esta irradiación. Se siente distinta. Ligera, ligera como un espíritu sin cuerpo. Cris se asombra. ¿Es el amor un sentimiento o un estado? Un estado de alma, desde luego. Pero ¿por qué cambia el concepto, trastorna el valor de todas las cosas? ¿Por qué hace aparecer insignificantes las más serias y engrandece las más nimias? ¿Tan sólo porque unos ojos claros se han posado con extraño brillo en los suyos? ¿Porque una boca dura ha temblado al decir: “Te quiero”? ¿Porque un potentado del mundo se ha olvidado de manejar millones y hombres para sólo estar pendiente de su sonrisa?

Cris renuncia a analizar, a comprender. Renuncia a pensar. Es feliz. Y con eso le basta, como le dijo a él desde el primer momento. Es feliz al empezar el día y

saber que dentro de dos horas le verá. Que entrará en el cuarto de su hijo y la mirará para preguntarle:

—¿Qué tal está hoy?

Y que se sentará mientras ella lee el periódico. Y que saldrán los tres a la terraza. Y que hablarán del tiempo y de la crisis ministerial, de la baja del dólar y del último libro de Zweig.<sup>73</sup> Todo ello muy cuerdamente. Con mesura. Con tono indiferente. Pero, mientras tanto, ellos dos *¡sabrán!* Y eso es lo mágico. Lo maravilloso.

—Miss Guzmán...

Cris, que sueña junto a Joe, dormido, se estremece.

—¿Sí?

Gary Prynce se inclina hacia ella.

—¿Damos un paseo esta tarde?

—No.

—¿Por qué?

Cris, con un gesto, le indica al enfermo.

El padre se incorpora.

—Bien —dice, ocultando su decepción.

—Además —Cris quiere suavizar su negativa—, tengo que hacer. Quiero hablar con Madrid por teléfono.

Lo ha dicho sin pensarlo. Al instante se arrepiente, porque el rostro del rey del acero se ha ensombrecido.

—¿Con Atalanta?

—¡Qué ocurrencia!

—¿No irá usted a decir que desde aquella noche no ha uuelto a tener noticias de su admirador?

—Sí, me ha escrito dos cartas.

—¿Ve usted? —Gary Prynce la mira fijamente. Una sospecha nace en su espíritu—. Está enamorado de usted, aturalmente.

73. Zweig, Stefan (1881-1942) escritor austríaco; autor de magníficas ografías y de novelas de gran éxito.



—Se cree un poco interesado —rectifica Cris.

—¿Por eso no quiere usted salir conmigo esta tarde?

¿Por eso se ha resignado con tanta facilidad a nuestra extraña situación? ¡Claro, Atalanta es un buen mozo, es rico, es marqués, es joven! ¡Es un buen partido, miss Guzmán!

—Gary, ¿son celos? —pregunta Cris blandamente. Y hay tal expresión en su mirada, que él se deja caer, vencido, a su lado.

—Estoy loco por usted —murmura.

Cris le ha dado un golpecito en un hombro.

—Me va usted a prometer no volver a pensar tontorías... —se pone en pie—. No es con ningún hombre con quien voy a hablar por teléfono... Un día le contaré...

Joe sigue durmiendo. Cris le toma el pulso.

—No tiene fiebre. Está tranquilo. Yo creo que marchamos mejor.

—¡Ojalá! —murmura el padre.



Δ de rumbo muy brusco

XXXII

Joe abre los ojos. Debe de haber dormido mucho tiempo, porque se siente descansado y fresco en su gran cama de caoba. Está solo en su cuarto. Sin embargo, cree percibir una presencia extraña. Busca a su lado. Y sonríe:

—Fifi...

Vuelve a mirarla, y la sonrisa se desvanece en sus labios. ¿Por qué le parece rara la mirada de Fifi? ¿Irá él a dejar de reconocerla? El enfermo ahuyenta sus temores.

—¿Me quieres dar un poco de agua?

Pero lo dice sin atreverse a volver la vista. Quiere estar bien despierto. ¡Cómo se reirán después los dos cuando él le cuente!

Fifi se levanta. Llena una copa de agua.

—Toma...

Joe se incorpora con dificultad. ¿Por qué no le ayuda ella, como de costumbre? La copa oscila en su mano. Y él vuelve a sonreír, porque ya sabe que dos brazos cariñosos van a sujetarle y que una voz muy tierna le animará:

—Bebe, hijito...

Joe aguarda con el corazón anhelante. Pero nada suce-

de. Y la copa oscila tanto, que vierte parte de su contenido. Joe aguarda. Un escalofrío recorre su cuerpo. De repente, vuelve a mirar a su mujer.

—“Tiene algo de diabólico —piensa—. Con su cara tan blanca, y sus ojos de gato, y sus cejas desviadas...” Pero Joe reacciona. No quiere ver cosas raras. No quiere vernás allá. Joe se aferra a su razón. Su mujer es buena, muy buena... Ella le ayudará.

—¡Qué traje más feo llevas! No te lo conocía.

Una risita le estremece.

—Siento que no te guste —silba una voz aguda—. La verdad es que mis rentas no me permiten vestirme mejor. Joe siente un vago malestar. ¡Esa voz! ¿Dónde la haído antes? ¿De qué profundidades perdidas llega hasta í?

—¿Tus rentas? —pregunta, porque quiere volver a esucharla.

—Sí, las que tú me pasas. Mejor dicho, las que me pasa í padre.

¿Dónde la ha oído? ¿Dónde? ¿Dónde?

—¿Quién eres? —pregunta casi inconscientemente. No í lo pregunta a ella. Ya sabe que es Fifi. Se lo pregunta ío que hay dentro de ella.

—¿Yo? —ríe *aquello* con insolencia—. ¡Tu mujer!

El enfermo vuelve a cerrar los ojos.

—Mi mujer... Claro, ¿quién va a ser?

Se empieza a calmar.

—Fifi, temo volverme loco.

—¿Por qué?

Él sigue con los ojos cerrados.

—Porque al despertarme me pareciste distinta..., íra...

Joe está seguro de que ahora Fifi le dirá:

—No pienses disparates, mi vida...



Pero de nuevo la voz:

—Pues no estás tan loco como me habían dicho...

El enfermo abre los ojos.

—Fifi, deja ese juego cruel.

Un silencio. Joe espera.

Y después la voz, esa voz que como música olvidada abre de repente ante su espíritu las puertas de un mundo inquietamente familiar y lejano.

—¡Cruel! ¿Tú qué sabes de crueldad? ¡Tú, el muñeco mimado! ¡Tú qué sabes!

—Fifi, ¿por qué me haces daño? —Joe, que tiene miedo de algo indefinido, se hace humilde, conmovedor—. Fifi, sé buena.

La muchacha, a su lado, ha encendido un cigarrillo. Y ríe con risa baja y amarga.

—¡Buena! ¡Me piden a mí que sea buena! ¿Y quién lo ha sido conmigo? ¿Tú, Joe, que porque decías quererme no vacilaste en destrozarme la vida? ¿Tu padre, que me lanzó de un puntapié a lo desconocido porque yo era alegre y joven y me gustaba respirar lejos de tu cama, de tu olor a medicina, de tus médicos y de tus enfermeras?

Joe siente cómo un extraño pánico se va deslizando en él.

Fifi sigue fumando. Sigue hablando. ¿Con Joe? ¿Consi-go misma?

—¡Quién habrá sido bueno conmigo! Busco... y no encuentro. ¿Mi madre, que me ha hecho lo que soy? ¿Mi padre, mi elegante padre, que como toda herencia me dejó una pila de fichas de juego? ¡Buena! ¡Y pretenden que yo sea buena!

Joe hace un esfuerzo desesperado para acordarse cuándo ha oído ya todo esto. Tiene frío, mucho frío, bajo su colcha de damasco.

—Al casarme contigo quise dejarlo todo atrás. Olvidarme de todo. Borrón y cuenta nueva. Pero no pude. Tú me fallaste. No eras un hombre. Eras un pelele. Un pobre pelele.

—¡Cállate! —grita Joe desde el fondo de sus cojines. Desde el fondo de su ser.

—No me quiero callar. Llevo demasiado tiempo callando y revolviéndome contra mi destino. ¿A qué crees que te venido hoy? A desahogarme. A que hablemos claro tú y yo. Mejor dicho, tu padre y yo. El puritano rico y la muchacha pobre, ¡pero sana!, que cometió la incalificable ontería de casarse con su hijo epiléptico.

Joe, enloquecido, se ha sentado en la cama.

—¿Por qué me dices hoy todo eso? ¿Quién eres? —grita fuera de sí.

—Tu mujer. ¿No lo sabes? No la aventurera a quien tu apá paga para que te dé agua con azúcar, sino tu mujer e carne y hueso. La que tú elegiste. La que tú perseguiste. La que tú compraste.

Joe se lleva las manos a las sienes.

—¡Cállate!

Fifi lanza espirales de humo.

—Y en este negocio, la engañada he sido yo. Yo aporté el título, mi juventud, mis relaciones sociales. ¿Qué he recibido a cambio? Te advierto que me he enterado y vengo a exigir mis derechos.

Joe se ha dejado caer de nuevo en sus almohadas.

“Estoy soñando —piensa—. Todo esto es una pesadilla. Y me voy a despertar. Me quiero despertar.”

Y hunde las uñas de una mano en la palma de la otra. siente dolor. Y siente espanto.

“Me he vuelto loco... —se dice—. Me he vuelto loco.”

—Ya sé que fue una estupidez el largarme en un rasgo amor propio. Pero, así y todo, sigo siendo tu mujer.



¡Sigo siendo la nuera de Gary Prynce! Tú y yo no estamos separados legalmente...

Joe ya no la escucha. Está sumido en las tinieblas de su terror.

—“Me he vuelto loco... Me he vuelto loco.”

La muchacha se ha levantado.

—Supongo que tu padre se avendrá por las buenas. Y que no habrá líos ni procesos. Yo, desde luego, odio los escándalos. Vengo en son de paz. Y estoy dispuesta hasta a cuidarte. ¡Eso sí: espero que no te pondrás muy pesado! Joe se revuelca en su lecho.

—“Me he vuelto loco... Me he vuelto loco...”

—Fue a los pocos días de llegar a París cuando supe la asombrosa noticia: Fifi Monterreal cuidaba como un ángel a su marido enfermo. Y quise conocer al maniquí que tu padre ha alquilado para que te divierta...

—¡Qué horror! ¡Qué horror! —se desespera Joe.

—Y la vi un día al pasar por aquí. Tan mona. Tan bien vestida. Empujando tu coche por el jardín. Y tú tan contento. Y tu papá tan contento. Todos encantados, felices. La familia modelo. Era para morirse de risa.

—¡No puedo más! ¿Que se calle! —Joe ha saltado de la cama—. ¡Cállate, demonio! Todo esto es una pesadilla...

Joe, en pijama, avanza hacia Fifi como un juguete mecánico hecho de alambre.

—¡Cállate! ¡Cállate!

—No quiero.

Pero, de repente, la puerta se ha abierto. En el umbral surge una esbelta figura vestida de blanco.

Joe le tiende los brazos.

—¡Ven! —y rueda a tierra.

Cris, en un impulso, se ha arrodillado junto al muchacho desvanecido. Con infinita dulzura le levanta la cabeza.

—Joe..., pobrecito...

La otra se ha acercado también. Un momento contempló, callada, la escena. Después, insolente:

—¿Creo que es usted mi doble? —pregunta.

Cris no le contesta. Intenta cargar a Joe.

—Ayúdame a llevarlo a la cama.

—¿Yo? —se asombra la otra.

—Sí, tú.

Hay tal autoridad en su voz, que Fifi, aunque de mala gana, acata la orden. Entre las dos colocan al enfermo en su lecho. Y Cris lo arropa. Le toma el pulso. Y vuelve a hacia la mesa y en una cuchara echa unas gotas, que esliza por los labios entreabiertos. Pasan unos minutos. Cris sigue con el pulso en la mano. Fifi, impresionada a pesar suyo, espera. Después reacciona. Y con plomo:

—¿De modo que es usted mi sustituta? ¿La fulana ue...?

—¡Cállate, Sofía! —dice con voz baja y enérgica Cristina Guzmán.

La otra ha retrocedido.

—¿Quién eres? —pregunta a su vez.

Cris se encoge de hombros. La mira cara a cara. Y Fifi, su propio rostro. Más perfecto. Más puro. Más limpio.

—¿No lo adivinas?

Fifi vuelve a acercarse.

—¿Eres Cristina? —pregunta.

Cris asiente. Ambas callan. El pulso de Joe es casi imperceptible.

—¿Cómo has venido a parar tú aquí?

Cris, con un gesto, le impone silencio.

—Tráeme aquel frasco. Y esa cuchara. ¡De prisa! Toma cuentagotas y échame aquí veinte...

Fifi obedece con dedos inexpertos.

—Dame.



Otra pausa. Cris está demudada. Fifi no se atreve ni a respirar.

De pronto, Joe abre los ojos. Y ve a las dos muchachas junto a él. Ve a las dos Fifis. Su mirada espantada las abarca a las dos.

Después lanza un grito agudo:

—¡Doble!... ¡Doble!... ¡Doble!...

Cris aprieta los labios.

—¡Vete, Sofía!

Ésta titubea.

—Mira tu obra... —dice Cris con voz opaca.

—Yo no sabía.

—Vete antes de que vengan...

—Yo quisiera...

—Déjame ahí tus señas. Yo te daré noticias. Pero vete, ¡por amor de Dios!

Cuando Ida, llamada por un timbrazo, entra en la habitación del enfermo, ve a Cris, echada sobre la cama, con un frasco de sales en la mano.

—¿Un ataque?

Cris asiente.

—Tómele usted el pulso. Ya le he dado dos tandas de gotas.

Ida, con la muñeca de Joe entre los dedos, mira a Cris, perpleja.

—¿Qué significa esto?

Gary Prynce entra en la habitación.

—¿Pasa algo, Christine?

Joe le mira con pupilas que no ven.

—Son dos..., son dos..., son dos..., dos fieras..., dos locas...

Gary se inclina sobre su hijo.

—Se vendieron las dos..., se casaron las dos con un pobre guñapo muy rico... ¡Qué risa! ¡Qué risa!

Gary coge a Cris por un brazo.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora le contaré. Voy a llamar a Rouvier.

El psiquiatra, enterado por Cristina con unas cuantas palabras, se lleva las manos a la cabeza:

—¡Qué desgracia!

Y al salir del cuarto del joven Prynce, llama a la muchacha aparte.

—Se inicia una fiebre cerebral. El golpe ha sido terrible.

Prynce-Valmore, al enterarse de lo sucedido, quiere veriguar cómo ha sido posible el que Fifi llegase junto al enfermo sin tropezar con obstáculo alguno. Pero él mismo se rinde ante la fatalidad. Nadie tenía la culpa. Él y Cristina habían salido. Ida, viendo a Joe dormido, había bajado a merendar. Uno de los criados había abierto la puerta y, engañado por el parecido, había dejado entrar a la que era madame Valmore.



### XXXIII

Son dos..., son dos... —repite Joe en su delirio. Seis días lleva el hijo de Prynce-Valmore luchando con la muerte.

Cris, a su lado, le humedece con un algodón los labios resecos. Ni un ruido se escucha en el hotel del millonario. Los tapices ahogan las pisadas, y ni siquiera el tictac de un reloj taladra el profundo silencio.

Gary y Cris no se apartan de Joe.

—¿Por qué no descansa usted un rato? —dice el padre a la muchacha.

—Cuando esté mejor...

—Pero ¿es que aún tiene esperanzas?

—Sí, porque usted merece que se salve.

Gary le aprieta en silencio una mano.

—Pero no quiero verle sufrir más, Christine. Prefiero que se vaya de una vez.

Y después, dejándose caer en un sillón a su lado:

—Y eso que usted no puede comprender, no sabe lo que es para mí verle morir...

Cris pasa con leve caricia sus dedos sobre la cabeza abrumada.

—Sí, Gary —dice con voz baja—, lo sé... porque yo también tengo un hijo.

Prynce-Valmore se ha levantado bruscamente. Sus ojos uscan la mirada de Cris que, muy clara, responde a la ya. Y Gary Prynce le abre los brazos. No quiere saber nada. Ni lo que hay en su pasado. Ni de quién es ese hijo. e basta con saber que es suyo. En estos instantes, el putano es sólo un padre que sufre y que siente una inefable compasión por esa muchacha, que, sola, tiene que hacer ente a la vida con un niño entre los brazos.

—¡Pobre criatura!... —dice. Y, conmovido, la abraza. Ahora se lo explica todo. Su paciencia. Su abnegación. ¡maravillosa ternura.

Cris se suelta, los ojos húmedos.

—Vamos a luchar por nuestro hijo, Gary —dice.

*es madre*



## XXXIV

**A**bajo, en la rotonda, Gladys y unas cuantas íntimas toman el té. Hablan afectadamente en voz queda, con caras que se esfuerzan por dotar de una expresión triste.

Gladys tiene "horrores" que contar. La historia de las dos mujeres de Joe y su dramático desenlace ya ha dado la vuelta a la colonia norteamericana de París.

—Pero dinos..., cuéntanos... —las bellas muñecas son insaciables.

—¿Y no podrás, con cualquier pretexto, hacer bajar a la otra? —sugiere Violeta Westender, la elegante divorciada por cuarta vez.

—¡Ay, sí, Gladys! ¡Qué divertido! ¡Hazla bajar!

Los ojos de Gladys brillan. La idea malévola de un golpe teatral cruza por su mente.

—Sí, voy a hacerla bajar. Y voy a hacerle salir a él también de su despacho.

Gladys llama a Fletcher.

—Dígale a miss Guzmán que baje. Que es para algo urgente relacionado con míster Joe.

El mayordomo se aleja con evidente desgana.

ris aparece a los pocos instantes. Viste un trajecillo ro, que la hace parecer aún más delgada, más niña. El sancio estiliza sus facciones.

-No tiene aspecto de vampiresa —murmura Rose-Ma-Van der Heerd.

-Creo que Gary necesita hablar con usted —la inter-Gladys—. Pero ha dicho que le espere aquí. ¿No pre tomar una taza de té mientras tanto?

ristina asiente. Algo caliente y reconfortante le senta. Se dirige a la mesa cargada de plata y se sirve ella na.

rynce-Valmore, al cruzar por el *hall*, ha lanzado una luntaria mirada a la “jaula de las fieras”, como llama al saloncito redondo, y se ha detenido, asombrado, al a Cris allí. Y al escuchar la voz agresiva de Gladys, ra algo molesto.

-Miss Guzmán, mis amigas tenían muchas ganas de cerla. Todas saben ya su interesante historia.

ris, a pesar de estar rendida por tanta noche en vela, ue la cabeza. Sus dedos finos echan lentamente terrones de azúcar en su té, y la taza de Limo- entre las manos, aguarda el ataque, que presiente l.

Mi historia no es interesante nada más que para mí ce—. Lo mismo que la historia de cada una de estas ras.

Perdón —protesta la divorciada—; nosotras no tene- historia.

Son ustedes, entonces, como los pueblos felices<sup>75</sup> nrfe Cris—. Pero depende, además, de lo que entien-

Limoges: Ciudad francesa, célebre por sus porcelanas.

“Son ustedes, entonces como los pueblos felices”: Se dice que “los os felices no tienen historia”.



dan por historia. Todo el mundo tiene la suya. Más o me- nos sencilla o más o menos complicada...

Cris habla con la más perfecta naturalidad. Como si fi- losofase amablemente con unas cuantas conocidas.

Gladys ha visto la alta sombra que se dibuja en la puer- ta del *hall*, y prepara su desquite.

—Pero no todo el mundo, miss Guzmán, posee el ad- mirable aplomo de introducirse en una casa honorable te- niendo tras sí un pasado borrascoso...

—¿Honorable? ¿Borrascoso? Miss Prynce, es usted melodramática.

Cris se encoge de hombros.

Gladys decide jugar su carta suprema.

—Miss Guzmán, ¿me va usted a negar que tiene un hi- jo?

Cristina, que llevaba su taza de té a los labios, la detie- ne a mitad de camino. Una sonrisa de asombro pliega su boca. “Las fieras” la contemplan con el deleite del león que va a devorar un corderillo.

—¿Cómo se ha enterado usted? —pregunta—. ¡Ya lo creo que tengo un hijo! ¡Un niño precioso! ¿Les gustan a ustedes los niños?

Las “fieras” están paralizadas de asombro.

—¡Qué fresca! —exclama Gladys—. ¡Ya no nos falta más que nos diga su nombre!

—¿Por qué no? —Cris bebe un sorbo de té. Y después, negligente—: Fernando Arenales y de Guzmán, conde de Alzada y, cuando yo muera, duque de Monterreal.

—¿Qué? —la taza de Gladys ha rodado por el suelo.

—¡Qué lástima! —dice Cris—. Ha descabalado usted ese juego tan bonito.

—¿Qué ha dicho? —grita la prima del millonario—. ¿Qué es usted duquesa?

—Sí. De Monterreal —Cris sonríe, inocente—. Pero,

\* la maternidad es un arma de doble filo -  
pureza + sucia "usada" / virgen + puta

querida Miss Gladys, no comprendo por qué se asombró usted tanto. Yo suponía que usted, que presume de ser de mundo, sabía clasificar socialmente a las personas. No es que considere que tenga mucha importancia el tener a un mundo o a otro. Ser descendiente de reyes de León o de comerciantes americanos... Pero, en fin... —ha terminado de beber su té y coloca la taza en la alfombra—. Bueno, señoras, he tenido mucho gusto en conocerlas, pero tengo que hacer arriba.

¡Cris, con gesto de soberana que da por terminada la audiencia, inclina sonriente la cabeza y sale con su paso largo y elástico.

Las amigas de Gladys se han puesto en pie como un hombre. ¡Descendiente de reyes ha dicho! *Oh, how exciting! How splendid!*<sup>76</sup> Y como al escapárseles una víctima necesitan otra, caen sobre la anonadada Gladys:

¡Sí, en efecto, se le ve a la legua que es una gran señora! ¡Qué plancha, cielos!

—¿Crees que si yo la convidase a mi *garden party*...?<sup>77</sup> ¡Punta la divorciada.

—¡Qué fastidio! —se lamentan todas—. Nos has privado de una espléndida relación.

Al llegar a la escalera, Cris se encuentra con Prynce y los otros. Los ojos claros en el rostro demacrado la miran.

—Cris se coge de su brazo.

—Vamos a luchar por nuestro hijo, Gary —le dice de voz.

<sup>76</sup> *"Oh, how exciting! how splendid!"* (inglés): Oh, ¡qué emocionante! ¡espléndido!

<sup>77</sup> *Garden party* (inglés): fiesta en el jardín.



# XXXV

**J**oe ha muerto. Se ha quedado en un colapso. Sin agonía casi, sin dolor. Su padre, con los ojos secos, le ha cerrado las pupilas azules. Le ha peinado en una última caricia la melena rubia, y con ojos secos se ha sentado junto a él para velar por última vez su último sueño.

Cris, de rodillas entre las velas lucientes, respeta su dolor. Ni con un gesto ni con una palabra se le acerca. Ese gran dolor es suyo. Le pertenece por completo, le aísla como un muro de todos los demás. Y Cris se siente entre los extraños, se siente mucho más lejos de Gary que Fletcher, que solloza en un rincón.

Prynce-Valmore mira a su hijo dormido para siempre, como si quisiera grabar su última imagen para siempre en su memoria.

—Hice lo que pude, Lilian —reza en un desgarramiento.

Y Cris, entre las velas lucientes, siente cómo algo im palpable se alza entre los dos. Los muertos defienden lo suyo. Su derecho a un vacío que nada debe llenar. Su derecho a dejarlo todo devastado.

Cris, un poco mareada por el calor que filtra por las rendijas de los balcones un julio radiante y que la profun-



na de velas y flores convierte en pesadez, mira a Gary nido en su dolor. En un dolor áspero que no busca nprensión. Gary Prynce, durante toda esta última no- ; interminable en su lentitud, no sólo no se ha refugia- en Cris — y hubiera bastado para ello una sola mira- -, sino que ha huido de ella. Cristina Guzmán, que ntras Joe estuvo con vida era la primera junto a su lo — ¿no se aferraba el agonizante a sus manos? ¿No muraba sin cesar lo que él creía su nombre? —, se ha- retirado, discreta, en cuanto murió. Ella, entonces, ya ra nadie. La comedia había terminado.

Cris, solitaria, se refugió en el despacho de Joe, junto iano, a cuyos sonidos el enfermo se había dormido as veces. Cris sabía que Gary iría a buscarla allí. Que lejaría caer junto a ella. Y que escondería su frente echa entre las manos que maternalmente habían cui- o a su hijo.

ris, en la noche interminable, le esperó segundo a se- do y minuto a minuto. El vendría...

ro él no vino.  
Por qué? ¿Por qué? se preguntaba Cris. ¿Creía aca- ue ella, porque no era realmente la madre ni la mujer ce, no sabía llorarle de corazón?  
is, en la noche interminable, rendida de emociones, llo- bre sí misma. ¡Dar, dar siempre! ¡Y no recibir nunca! is, junto al piano, aguardaba con el alma anhelosa. ro él no vino.

or qué? ¿Por qué?

is no comprendía. Si ella hubiese tenido una gran racia, ¿no habría sentido una dulzura infinita en abrir él de par en par el manto de su dolor?

or qué entonces? ¿Por qué?

orque he sido para él tan sólo un pasatiempo, cuyo rdo le molesta ahora — se decía Cris, que pugnaba

por ser sensata, por mirar las cosas frente a frente —. Si él hubiese sentido por mí siquiera un afecto amistoso, no creería que profanaba su pena compartiéndola conmigo.”

Cris luchaba por mantenerse serena. No quería que su supersensibilidad le desdibujara el verdadero valor de los hechos.

Y Cris se levantó y fue ella la que buscó a Gary. Prynce- Valmore, que daba en aquel momento órdenes a Fletcher, a Ida, a Bob y hasta a Gladys, rechazó su solicitud con un gesto.

—No se preocupe, miss Guzmán; todo estará en orden.  
“Ya no me necesitan —se dijo miss Guzmán—. La comedia *e finita*...”<sup>78</sup>

Cris mira con añoranza la cara del muerto.

—Eres tan buena... Tan buena...

Él, al menos, la había querido. A su modo, pero la había querido. Para él no había sido el pasatiempo de una temporada de inactividad.

Por las mejillas de Cris corre el llanto.

Y su mirada, involuntariamente, vuelve al hombre, orgulloso hasta en su desesperación, duro hasta en su dolor.  
—*I love you*, Christine...

¡Mentira! ¡Mentira! ¡El *flirt* de unos días! ¡La diversión de un millonario que se aburría!

Para Joe sí había sido ella algo trascendental. El eje en torno al cual había girado su pobre vida de inválido.

“Quisiera ser como Pierre para poder cogerte en mis brazos.”

Ahí estaba, en su mortaja blanca. Con los brazos delgados cruzados sobre la estrechez del pecho.

Cris mira con infinita tristeza a Joe dormido entre flores, en su fastuoso ataúd de príncipe heredero.

78. *La comedia e finita* (italiano): La comedia ha terminado.

XXXXVI

**P**ensión Marseille. Cris ve la placa destacarse con letras rojas sobre la fachada grisácea del edificio. Cris tuerce el gesto. No es precisamente lujoso "el hotel" de Fifi. Tiene cierto parecido con su palacio matrilé. Pero al subir por las escaleras sucias, que despiden un acre olor a coles, Cris se arrepiente de la compañía.

Pensión Marseille. Cris llama. Una criada desgredada le abre con gesto hosco.

—¿Mademoiselle Monterreal?

—*Connais pas*.<sup>79</sup>

—¿Madame Valmore?

—Tire por el pasillo. Tercera puerta.

Cristina llama con los nudillos.

—*Qui est-ce?*<sup>80</sup>

—Abre; soy yo, Cristina.

—¡Ah!

La puerta se abre al instante.

79. *Connais pas* (francés): No la conozco.

80. "*Qui est-ce?*" (francés): ¿Quién es?



—Pasa —con risa forzada—. Mi mansión no es precisamente el Meurice, como verás.  
 ¿Fíjate un pijama de plata un mucho deslucido y calzas chinelas, huérfanas de cisne.  
 —Te agradezco una barbaridad que te hayas molestado... —corre a la ventana—. ¿Habrás venido en el "olls"?  
 —No —dice Cris, buscando dónde sentarse—: he venido en el Metro.  
 El cuarto, casi miserable, con su cama de hierro, su arrio de luna empañada y su lavabo, "no corriente" presenta un lamentable aspecto de desorden.  
 —Perdona, chica; pero estaba haciendo mi equipaje a marcharme. No aguanto este agujero.  
 —¿Adónde vas?  
 —No lo sé aún.  
 —¿Fumas?  
 —No, gracias.  
 ¿Cris no sabe por dónde empezar.  
 —¿Quieres que te ayude a recoger?  
 —No, déjalo; no me corre prisa.  
 Cris pasea los ojos de los manchones de la pared y de la alfombra sin hacer al traje de noche de tul rosa que yace en la butaca de mimbre.  
 ¿Fíjate su mirada.  
 —*Worth*<sup>81</sup> —dice con petulancia—. Es un modelo monísimo. No sabes lo bien que me sienta —y magnánima—: quieres, te lo puedes copiar; no me molesta.  
 Cris la mira.  
 —¿No me preguntas por Joe, Fifi?  
 ¿Fíjate lanza una bocanada de humo.

<sup>81</sup> Worth: Famoso modista francés de la época en que transcurre la no-

—Sí. ¿Cómo está?  
 Cris la sigue mirando con seriedad.  
 —¿Te importa algo Joe?  
 —¿A mí? —la otra se encoge de hombros—. ¡Pues, poco más o menos, lo que a ti! Puesto que llevas no sé cuánto tiempo aguantándole, ya habrás podido darte cuenta... Oye: por cierto ¿cuánto te paga mi suegro, mi simpático suegro, por llenar tu agradable función?  
 —Ya no me paga nada porque mi función ha terminado.  
 Fifi sacude la ceniza sobre su almohada.  
 —¿Te han echado a ti también? —pregunta, divertida.  
 —No.  
 El tono de Cris empieza a alarmar a Fifi.  
 —¿Entonces?...  
 —Es que Joe ya no me necesita...  
 Fifi salta al suelo.  
 —¿Por qué, Cristina?  
 —Porque ha muerto —dice su hermana con sencillez.  
 Fifi, espantada, ha dejado caer su cigarrillo encendido sobre la manta de lana. Cris lo coge en silencio y lo tira al cubo.  
 —¿Cómo ha sido? —pregunta Fifi después.  
 Toda su aparente ligereza ha desaparecido. Su cara de *clown*<sup>82</sup> mal pintado está lívida. Sus ojos se han agrandado de espanto.  
 —No será por lo del otro día, ¿verdad? —se ha acercado a Cris, y sus manos la atenazan—. ¡Dime que no le he matado yo! ¡Que no ha sido por mi culpa!  
 Cris calla.  
 —¡Cristina, por amor de Dios, dime la verdad!  
 —Ya estaba muy enfermo —dice Cris titubeando.

<sup>82</sup> Clown (inglés): payaso.



—Pero yo no le he dado el golpe de gracia, ¿verdad? o me lo digas. No me lo digas.

Fifi se ha tirado sobre la cama. La cabeza escondida en almohada, solloza ruidosamente.

Cris se acerca.

—Sofía, ya no tiene remedio.

Fifi vuelve a incorporarse. Con una punta de la sábana se llanto.

—Pobrecito. ¡Qué Dios le perdone todo lo que me ha cho pasar!

Cris la mira sorprendida.

—Por un lado —continúa Fifi—, mejor está así. Ha de- lo de sufrir y de ver a su padre. Pobrecillo. Era tan apo...

Un silencio.

Cris piensa que quizá lavando los visillos, y quitando el lvo, y fregando el suelo, y encerando los muebles, y gando los trajes, y haciendo la cama, podría sacarse ún partido de aquel cuarto.

—Oye, Cris —dice Sofía—: ¿entonces, ahora soy viu-

—Eso parece.

—Oye, ¿sabes si hizo testamento? Porque tenía una n fortuna personal, heredada de su madre.

—No sé —dice Cris con frialdad.

Fifi, que no es tonta, recoge velas.

—¡No vayas a creer que no lo siento! ¡Pobre chico! ¡Es rible morirse así a los veinte años! Pero, hija, me han ho pasar tanto los dichosos Prynce-Valmore, que no do llorarlo como tú a tu marido. Tú sí eras feliz, ¿ver-

—Sí —dice Cris, lacónica.

—¿Por qué se le ocurrió meterse a agente de automóvi-

—Porque no tenía dinero.

—Siempre el dinero.

Fifi ha vuelto a saltar de la cama.

—Cris —dice con tono amistoso— no me juzgues mal. Ya sé que tú y yo somos unas hermanas muy raras. Pero reconoce que no es mía la culpa.

—No, no es tuya.

—Cuando papá se murió en Montecarlo, el pobre, yo le dije a mamá: “¿Por qué no nos traemos a Cristina a vivir con nosotras?” Pero no quiso. Dijo que tú estabas mejor en Sevilla con aquella prima de tu madre que te acogió cuando saliste del Sagrado Corazón.

—Y estaba en lo cierto... —no puede por menos de decir Cris.

—Sí, claro. Ya ves lo pronto que te casaste con su hijo. Mientras que yo, no te creas, Cris, sudé lo mío hasta que di con el pollo Prynce.<sup>83</sup> No te imagines que era muy di- vertida la vida que llevábamos. Papá y mamá, de casino en casino, y yo...

—¿Y tú?...

—Pues de fracaso en fracaso. A ti, que eres mi herma- na, puedo hablarte claro. Mira: yo tenía desde los quince años una única monomanía: casarme. Casarme bien, cla- ro. Con dinero, con mucho dinero. Porque estaba harta de postín con trampas. Tú, como a ti te tocó la mejor parte, no sabes...

—¿Me tocó la mejor parte?

—Hombre, claro. Tú, tan tranquila en tus colegios ele- gantes. “¡Educándote como una duquesa!”, decía mamá a papá cuando a éste alguna vez le daba por suspirar por ti. Y yo, en cambio, siempre entre las peloteras y los chan- chullos de los dos. ¡Calcula qué vida!

83. *Pollo Prynce* (expresión anticuada): el chico Prynce.

—Ya..., ya.. —dice Cris, sombría.  
 —Muchas veces les decía yo: “¿Y por qué no nos vamos a vivir a Madrid? Allí la vida es más barata, y con el nombrado de papá...” Pero mi madre no quería ni oír hablar de eso. Decía que en Madrid ella sería siempre la *nurse*<sup>84</sup> que había pescado al señor. ¿Tú te acuerdas de mamá, Cris? ¿La verdad que era tan guapa como dicen?  
 —No sé... —dice Cris, pensativa—. Yo era muy pequeña cuando entré en casa, y apenas tenía cuatro años cuando papá se volvió a casar.  
 —¿Y es verdad que ella se portó muy bien contigo?  
 —No recuerdo —es la evasiva respuesta—. Cuando tú existes me mandaron a Inglaterra...  
 —¡Menuda educación te dieron! No es que yo te la enseñe. Las monjas y yo no habríamos pegado ni con cola.  
 —Quién sabe.  
 —Sí —ríe Fifi—. ¡Quién sabe! A lo mejor habrían hecho de mí otro dechado de virtudes como tú —y después, una amargura—: Y no sería lo que soy...  
 Cris, con la mirada conmovida:  
 —Fifi —dice—, nunca es tarde...

La otra sacude su melena con un gesto que a Cris le es perfectamente familiar.

—No lo creas. Cuando se ha llegado hasta aquí... —y el brazo muestra el panorama que la rodea.

—¿Quieres venirte conmigo a Madrid? —dice Cris, insisiva.

Fifi la mira.

—Gracias, Cris. *C'est très gentil*<sup>85</sup> de tu parte proponer eso. Yo sé que tú trabajas para vivir; que tu pobre marido, al estrellarse en su coche, te dejó sin un céntimo.

4. *Nurse* (inglés): institutriz.

5. *C'est très gentil*: es muy amable.



Sé que tienes un niño y mucho mérito, Cristina, mucho mérito.

Una pausa.

—Antes te dije que no te envidiaba —Fifi enciende un nuevo cigarillo—, pero es mentira: te envidio, ¡ya lo creo que te envidio! A mí también me habría gustado criarme como tú..., y ser culta..., y ser... como tú eres..., y saber ganarme la vida...

—No tenías necesidad de ganarte nada. Tenías un marido; tenías un hogar; tenías tu existencia resuelta.

—No me hables de ellos... —protesta la otra—. A Joe, ¡pobrecillo!, le he perdonado; pero lo que es a su padre...

—¿Qué te hizo su padre?

—¿Que qué me hizo? Pero ¿no lo conoces tú todavía?

—Fifi se encara con un adversario invisible—. Que ¿qué me hizo? ¡Humillarme! ¡Fastidiarme! ¡Exasperarme!

—¿No tendrías tú la culpa?

—Mira: yo, desde luego, no soy un modelo de paciencia ni de abnegación, lo reconozco. ¿Dónde quieres que haya aprendido a serlo? ¿En el bar Basque de Biarritz o en la Potinière de Deauville? Eran ellos los que debieron haber tenido aguante conmigo. Si me hubiesen sabido llevar, yo habría sido distinta. Pero me habían comprado y se consideraban con derecho a exigir. Ese hombre odioso me lo dijo claramente: “¡O dentro, a reventarme de enfermera del niño, o fuera!” Yo, como sabes, opté por ¡fuera!

—Hiciste mal...

—Es posible. Pero ¿qué quieres? En medio de todo tenía poca experiencia. Creí que a Fifi Monterreal le sería fácil arreglárselas sin los Prynce-Valmore. ¡Tú no sabes cómo me había bailado la gente el agua! Creí tener en perspectiva hasta contratos en Hollywood. Pero sí, sí... Todo aquello iba dirigido a la nuera del “rey del acero”.

cuanto me convertí en la condesa de Villena, se acabaron las bromas. Sólo un periódico me ofreció mil dólares por mis memorias...

—¿Y las escribiste?

—Sí —rfe Fifi—. Y las publicaron. ¡No quieras saber el ándalo que se armó porque me metía de lo lindo con el pobre Gary! Yo creo que si no llego a largarme a la Argentina, me hace meter en la cárcel...

—Y después, ¿qué hiciste?

—Un poco de todo. Bailo maravillosamente, ¿sabes? Y contraté Benito Panceira como figura española de la revista *Tra-la-lá*, que causaba furor en Buenos Aires. Tuve un éxito delirante...

—¿Fí tararea unos compases de sevillanas.

—Fue mi época mejor. Todos los periódicos publicaron al célebre dictador Moisés Álvarez se había enamorado de mí... ¡Lo que me divertí en aquella época!

—¿Fí lanza largas bocanadas de humo.

—Y pensar que él la adoraba —se decía Cris— y que murió por ella!...

—Tú no sabes —rfe Fifi, sin darse cuenta de su importancia— la de oportunidades que una mujer lista tiene en Sudamérica. Yo, con mi conocimiento de mundo y mi amor a la condesa...

—¿Cómo has venido a parar aquí? —corta Cris las conclusiones.

—Fí se detiene en sus divagaciones triunfales.

—Esto es un *intermezzo*...<sup>86</sup> Pichichi Menéndez, un gran uruguayo amigo mío, me hizo ver que era una pidez no sacar partido de la ganga de ser nuerita de Valmore. Y vine en busca de un arreglo —hace un gesto— monetario.

*Intermezzo* (italiano): intermedio.



Cris evoca los ojos de Joe, tan puros y diáfanos en su rostro hundido.

Y Cris se levanta. No quiere escuchar más.

—¿Te vas ya? —protesta Fifi—. ¿Qué prisa tienes, mujer? ¿No quieres almorzar conmigo? En dos minutos nos traen lo que pidamos.

Cris se imagina lo que sería un almuerzo en esa mesa polvorienta, donde se apilan unas medias rotas, unos periódicos, un frasco de perfumes, unas ligas, una jeringuilla de inyecciones y una polvera con tapa incrustada de brillantes.

—No, gracias; pero yo también tengo que hacer mi equipaje. Esta noche vuelvo a Madrid.

—¿Ya te vas? Oye: ¿no quieres divertirme aquí un poco? Podemos salir por ahí unos días. Creo que ponen en el Moulin<sup>87</sup> una obra graciosísima...

—¿Te has olvidado de tu luto? —pregunta Cris áspicamente.

—¡Caramba, es verdad! ¡Pobrecito Joe! No sabes lo que lo siento. Oye: ¿dónde está enterrado? Voy a llevarle unas flores... Y yo tengo que comprarme un traje negro, y una toca..., y un manto... Oye, Cristina: ¿tú no tendrías unos miles de francos que prestarme? Te los devolveré en cuanto cobre lo de Joe..., palabra de honor.

—¿Y si no cobras nada, Fifi?

La carita de payaso la mira asustada.

—No fastidies —dice...; algo me tendrán que dar...

—No lo veo tan claro —la actitud de Cris es grave—. Yo no creo que Joe haya hecho testamento. Y si Prynce-Valmore se niega a reconocerte derecho alguno, ¿qué vas a hacer, Fifi?

87. *Moulin*: Se refiere al Moulin Rouge, famosa sala de espectáculos de revista en París.

—No sé... —dice la condesa de Villena. Sus ojos re-  
ren la habitación. Se detienen en la jeringuilla—.  
de que si me lo niega el padre, vaya a reclamárselo  
nijo.

Cris ha cogido a Fifi por la cintura. Y como si fuera una  
a, la atrae hacia sí. La sienta en su regazo.

—Después de todo, eres mi hermana —dice—, y yo no  
do permitir que te sigas hundiendo... Sofía, ¿no quie-  
ayudarme a sacarte de esto? ¿No quieres venirte con-  
yo?

Fifi le coge la barbilla con gesto divertido. Pero en sus  
s bailan unas chispitas doradas.

—Eres un sol —dice—. Y te agradezco que quieras ha-  
de mí otra profesora de idiomas. Pero te advierto que  
n, bien, sólo sé el francés, y que hasta al escribir en  
pañol hago faltas de ortografía.

—No importa. Te daré clases —Cris sonríe—. Quizá  
s tú la única discípula que logre encontrar...  
Fifi se levanta.

—Ya no tengo edad de aprender cosas nuevas...; debie-  
i enseñármelas a tiempo, como a ti... Cris, probable-  
nte, tú y yo no nos volveremos a ver. Y, créemelo, lo  
nto. Siento que no hayamos sido unas hermanas como  
las las demás. Yo creo que allá, muy en el fondo de mí,  
ría algo bueno que no supieron hacer brotar.

Cris ha sacado de su bolsillo unos billetes. Los ha pue-  
sobre la mesa.

—Antes de marcharme, hablaré de tu asunto con Pryn-  
Valmore.

—¿Serás capaz de conseguirme...?

—No sé...; lo intentaré.

—Consígueme una pensión decente —suplica Fifi—.  
no sabes lo que es pasar apuros... Y tener trampas...,  
ambre...



La bailarina española del *Tra-la-lá* ha perdido toda su  
arrogancia.

—Consígueme algo decente, y te prometo...

Cris, al vuelo, la ha cogido por las muñecas.

—¿Qué me prometes, Fifi?

La otra se suelta. Junto a su boca naranja se labran dos  
surcos.

—Te prometo llevar a Joe un luto... como se lo lleva-  
rías tú...

la importancia  
de una familia  
y una educación

"educado"

---

## XXXVII

**S**eñorita, mister Prynce la espera abajo —Fletcher ha llamado a la puerta de Cristina.

“Es el adiós —se dice Cris—. Es, probablemente, el cheque...”

Y baja.

El, enlutado, envejecido, parecía trabajar en su mesa de despacho. Se levanta y le acerca un sillón.

—¿Quiere sentarse, Christine?

Y se sienta frente a ella.

Cris recuerda su primera entrevista. Tiene cierto parecido con esta última.

Cris, como aquel día, espera en silencio a qué él rompa a hablar.

—Mañana embarco para Nueva York —dice Prynce-Valmore.

Cris sigue inmóvil, con las dos manos cruzadas en el regazo.

—Supongo que usted regresará a Madrid... Alfaro tiene todas mis órdenes.

Cris asiente.

—Christine —dice él y su voz suena rara —, yo no voy a



rle las gracias por lo que usted ha hecho por Joe. Pero sí  
iero que sepa que si algún día su hijo...

—Gracias, míster Prynce; pero espero que Bubi...  
Él la interrumpe:

—No sea usted orgullosa, Christine. Yo también espero  
e el duque de Monterreal no tenga ocasión de necesitar  
ra nada de Gary Prynce... Pero ¡nunca puede saberse!  
El duque de Monterreal. Pobre Bubit, que sueña con  
caballo vivo.

Cris sonrío con una sonrisa cansada.

—Es verdad —dice con aparente naturalidad—: nunca  
ede saberse... —y después—: Yo también quiero darle  
gracias, míster Prynce, por su amable acogida y su  
actuoso trato.

Hay un dejo de involuntaria ironía en el tono de sus  
labras.

Él se ha levantado, y con inefable expresión:

—Cállese, Christine.

—Puede estar seguro de que nunca olvidaré mi estancia  
esta casa. Que nunca olvidaré a Joe.

Él la ha cogido por los hombros, lo mismo que aquella  
mera vez en que la miró hondamente para decirle:  
iracias". Y la obliga a ponerse en pie.

—Christine —dice—, yo pensé dejarla marchar sin ha-  
rle claro. Pero veo que no puede ser, porque usted po-  
a juzgarme equivocadamente. Christine, yo la quiero a  
ed con toda mi alma... Como no creía que volvería a  
erer... Pero, Cris, mi pequeña Cris, hoy más que nunca  
nos separa... Hoy es cuando realmente nos separa...

no quiero, no puedo, aprovecharme de la muerte de  
hijo. Yo no quiero disfrutar de una felicidad que viene  
ní porque él se ha ido... Christine, cada vez que yo la  
rara en los ojos, pensaría en los suyos, que ya no volve-  
a verla... Cada vez que yo me riera a su lado, me

acordaría de su pobre risa triste. Cada vez que yo me sin-  
tier a fuerte, me acordaría de sus sufrimientos... Cada vez  
que yo la besara...

Gary Prynce ha rechazado a Cris con violencia. Y se ha  
dirigido al balcón, donde permanece de espaldas.

Cris, hondamente conmovida, deja deslizarse un rato  
de silencio. Después se le acerca, y es ella la que pone sus  
manos en los hombros varoniles...

—Gary —dice—, lo comprendo..., lo comprendo...

Y él, con infinita ternura, con infinito renunciamento:

—Mi amor...

—Mañana —dice Cris con voz resuelta— me voy yo  
también a mi destino. ¡A Madrid con mi niño!

—Yo me voy solo... —dice Gary lentamente.

—Y a vivir. Frente alta —prosigue Cris con forzada  
energía.

—Christine, ¿no puedo yo ayudarla de algún modo?  
—pregunta él, emocionado.

—Quién sabe, Gary. Ya lo pensaré...

Y acordándose de repente de Fifi:

—Por lo pronto, tengo que pedirle algo. Algo que quie-  
ro que haga por mí.

—Hecho, desde luego.

—Se trata de mi hermana.

Cris, a propósito, la ha nombrado así.

—¡No me hable de ella! —el rostro del rey del acero se  
ha endurecido—. ¿Cómo se atreve después de lo sucedi-  
do?

—Ella no se atreve a nada, Gary... Me atrevo yo...

—No me hable de ella, Christine, *please*... No me re-  
quiera que es la causante de todo esto... ¡Pídame lo que  
quiera menos que mueva un dedo en su favor!

—Joe la quería —dice Cris suavemente.

—No me lo recuerde.

—Necesito recordárselo, Gary; yo he estado hoy a ver- y he hablado con ella, casi por primera vez en la vida. Y he dado cuenta de muchas cosas. Uno no puede pedir os seres que rindan más de lo que llevan dentro. A cada al hay que medirle según una medida distinta. Y hay e juzgarle según su propia capacidad. Usted y yo, por :mplo, somos como dos barcos sólidos, resistentes, con equilibrio en su sitio. ¿Podemos dejar hundirse, sin estarle auxilio, a una lanchita, bajo el pretexto de que un juguete inestable y frágil? Los que en la vida tene- os la suerte de sentirnos el plomo en la base, tenemos el ber de llevar a remolque a los otros.

Gary Prynce la mira absorto.

—¿Qué quiere que haga por su hermana, Christine?



## XXXVIII

Cris está por encender la lumbre para que el chiquillo tenga el baño a su hora. Cris odia encender la lumbre. Todavía no ha aprendido bien si lo que se pone arriba son las astillas y si lo que se pone en medio son los periódicos. Pero Bubi y Balbina tardan tanto, que será necesario poner manos a la obra. ¡Esto de no tener gas! Cris quisiera mudarse. Ha visto en la calle de Ayala un ático nuevo y muy bonito. También sobre un jardín: sobre el de las Ursulinas. Treinta duros al mes y calefacción central. Y la ventaja de dos enormes terrazas. Cris instalaría en ellas unas butacas de lona y las llenaría de tiestos de geranios. ¡Sería delicioso! Además, tan cerca de los Marianistas. Bubi tiene cinco años. Hay que ir pensando en el colegio. Hay que ir pensando en encauzar de nuevo la vida.

Cristina Guzmán ha hecho en la suya un alto de tres meses. A su regreso de París a un Madrid de agosto, Cris cogió a Bubi y Balbina y se fueron los tres a una playita gallega, muy fresca y barata, donde el chiquillo engulló leche y huevos y se curtió al sol y a las brisas marinas.

Cris, tumbada en la arena, miró fluir días y semanas; Cris al sonido de las risas de Bubi, ahuyentaba su sueño.

— Mamá, mira qué cangrejo.  
 — Mamá, mira qué conchitas.  
 — Mamá, me he cortado un pie.  
 Mamá miraba el cangrejo y las conchitas y untaba de todo el piececito castaño.  
 Mamá, en sandalias y sin medias, procuraba no pensar en novelas de *magazine*.<sup>38</sup> Almacenaba fuerzas para poder abajar en invierno y hacía lo posible por perder esa palidez de magnolia que tan bien sienta a Cristina-Sofía, pero le no puede permitirse Cristina Guzmán.

Cris contempla el hornillo con mirada suspicaz. ¿Prenderá? ¿No prenderá? Un filtrar de humo por la tubería no parece presagiar nada bueno. Cris deja el fogón a su destino incierto y se asoma al balcón de su cuarto de estar. En su cuarto de estar, comer y pensar. De su única habitación que no es alcoba o cocina.

El otoño ha teñido de púrpura los castaños del jardín de abajo, y los últimos resplandores del poniente encienden agujeros en los cristales de las casas vecinas y vierten raudales luminosos sobre los tejados.

Cris ha vuelto a su vida de siempre, con sus preocupaciones y sus problemas de siempre. Cris está aún un poco desorientada. No sabe qué hacer. A qué lado volverse. ¿Por qué cabo desenmarañar el ovillo complicado de su existencia. Bubi tiene un apetito alarmante, y hay que hablarle de pies a cabeza.

Cris se deja caer, pensativa, en la butaca, junto a la boca y la triste de la chimenea. ¡Si ella pudiese lograr un puesto en la U.S.C.A.! Le han contado que la secretaria de mister King, el jefe de contabilidad, gana tres mil pesetas, y la de mister Grant, el director comercial, dos mil. El negocio va tanto en popa, y la Empresa paga bien a su gente.

38. *Magazine* (inglés): revista.



Cris se dice que una simple carta, que dos palabras escritas a máquina y firmadas por Prynce-Valmore, resolverían todas sus dificultades como por arte de magia.

—No sea usted orgullosa, Christine —le había dicho.

Después de todo, ¿por qué no había de dirigirse a él?

Cris piensa su carta:

“Mi distinguido amigo...”

Un sobre crema, grande, apaisado... La estética influye en todo. ¿Con sus armas en un ángulo? No. ¿Para qué! Cris considera su título ducal algo así como un lujoso vestido de Corte, digno de ser guardado entre alcanfor en un arcón, junto con el lazo de dama de su madre y las cruces de su abuelo: fruslerías sentimentales y anticuadas, que Bubi admira cuando ha sido bueno. En su vida de luchadora modesta, el ser duquesa de Monterreal le es a Cris tan útil como le sería el manto de raso para ir a la oficina en tranvía.

Cris sigue pensando en su carta. ¿Qué le diría? Nada. Una solicitud en dos palabras, dignas, serias. Y Cris se complace en adivinar la trayectoria de su misiva: el rascacielos neoyorquino. El encargado de la correspondencia... La caja aparte para el jefe supremo... Entre mil sobres, el suyo... Y la secretaria, al presentar la carta abierta:

—Mister Prynce, una señora española que pide un destino.

Y los ojos claros, un instante pensativos:

—Bien, miss Brown, o miss White, o miss Blake. Ésta la contestaré yo mismo.

Amor... Amor...

Ilusa... Ilusa...

Pero, después de todo, ¿por qué no? Es lo menos que puede hacer.

“Mi distinguida amiga. Tengo mucho gusto...”



Y un timbrazo.

—¿Es usted la señorita Cristina Guzmán?

Y la mudanza. Y el ático. Y los Marianistas. Y los ties-  
de geranios (pintados de azul y de amarillo). ¡Y Bubi!

Jn timbrazo.

Ya están de vuelta. Menos mal. Porque de la cocina  
gaba, alarmanante, un fuerte olor a tufo. ¿Escribiría? Ya  
pensaré con calma.

Otro timbrazo.

Ahora les entran las prisas. Balbina siempre se olvida  
llevar la llave.

—Ya va. Ya va —dice Cris.

Y tira del pestillo.

En el umbral, sobre el fondo de la escalera encendida,  
recorta una alta silueta enlutada. Cris cierra los ojos.  
a está en la sombra de la habitación oscura.

—¿La señorita Cristina Guzmán, profesora de idio-  
s? —pregunta con voz vibrante el rey del acero.

Cris no contesta. No puede. Pero él la ha adivinado. Ha  
sentido que es ella esa clara figura entre tinieblas. Y  
pedir permiso, entra. Y cierra la puerta de golpe. Y sin  
líir permiso, la coge en sus brazos.

—He venido a buscarte, mi pequeña guerrera...

Cris no se atreve a abrir los ojos.

—No puedo vivir sin ti. Y sé que él me aprueba —dice,  
a y trémula, la voz de Gary Prynce—. He venido a  
carte. Todo lo tengo arreglado. Si tú quieres, en dos  
s...

Jn ruido en la cerradura interrumpe sus palabras.

a puerta de la calle se ha abierto estrepitosamente.

—Quédate con mamá mientras bajo por pan.

a puerta vuelve a cerrarse.

—Pero ¿dónde estás, Cris? —pregunta, un poco alar-  
da, la voz del niño.

—Ven acá, mi vida.

Cris, con dedos inseguros, busca la luz.

Ahora desaparecerá él, y Cristina Sofía la mirará burlo-  
na desde su marco dorado.

Pero ante la chimenea, junto a la mesita sobre cuyo  
tapete de seda antigua nada el pez de Lalique, sigue al-  
zándose la figura varonil.

Gary coge al chiquillo en sus brazos.

—Claro, no me conoces.

Bubi, inquisidor, contempla el traje de luto, el rostro  
enérgico, los ojos claros.

—¡Ya sé quién eres! El papá del niño que se fue al cie-  
lo.

Un silencio.

—¿Y quieres ser tú ahora mi niño? —pregunta Gary  
Prynce.

Bubi vuelve hacia su madre su mirada interrogante.

—¿Me hago hijo suyo, mamá?

Cris asiente.

—Bueno —concede Bubi—; como no tengo papá,  
¿sabes?, mamá hacía de los dos. Pero ahora, si tú tra-  
bajas para mí, ella ya no tendrá que salir tanto, ¿ver-  
dad?

Gary mira a Cris en silencio.

—Cuando puedas, no corre prisa —el tono de Bubi es  
cortés—, me compras un caballo vivo.

—¡Cien caballos vivos! —dice el rey del acero con voz  
triumfal.

Cris, deslumbrada, se sujeta al borde de la chimenea.  
Unos puntos negros se agrandan ante su vista. Trenzan  
círculos. Se estiran. Se encogen. Desaparecen. Danzan.  
Ahora son morados. Ahora azules. Ahora velan los ojos  
comprensivos de Cristina Sofía.

—Christine, estás muy pálida. ¿Qué te pasa, querida?

—Nada —dice Cris, y sonrío.  
Y su sonrisa es tan clara, tan luminosa, que Balbi-  
, que entra en ese instante, no se atreve a decirle  
, de golpe, que para el próximo mes piensan subir el  
o.

## Críticas en diarios y revista extranjeras

“CARMEN DE ICAZA, un talento de novelista tan vivo como sólido...” Marcelle Auclair (“Nouvelles Littéraires”, París).

“En forma de novela, los libros de CARMEN DE ICAZA aportan al lector emociones profundas, descubriéndole patéticos destinos humanos... Los personajes creados por la autora española llevan en sí una vida intensa” (“La Tribuna de Ginebra”, Ginebra).

“Esta novelista escribe de un plumazo. La fuerza de sus creaciones clasifica su alto nivel” (“Darmstadter Tageblatt”, Darmstadt, Alemania).

“Sus novelas, de primera categoría, repletas de material vital, exigen por nuestra parte una alta estima” (“N. Z. Z.”, Zurich).

“El tono de fondo que llena las páginas de ‘Las Horas Contadas’ es un tono ahogado, dominado, aunque no esté lleno de esa tristeza desesperanzada que caracteriza las novelas de Germaine Beaumont. CARMEN DE ICAZA tiene sus raíces firmemente enclavadas en las tradiciones seculares de su Patria... No se presta a concesiones al gusto del gran público de lectores. Sin embargo, conseguirá con su novela el éxito que se merece” (Radio Viena, Viena).